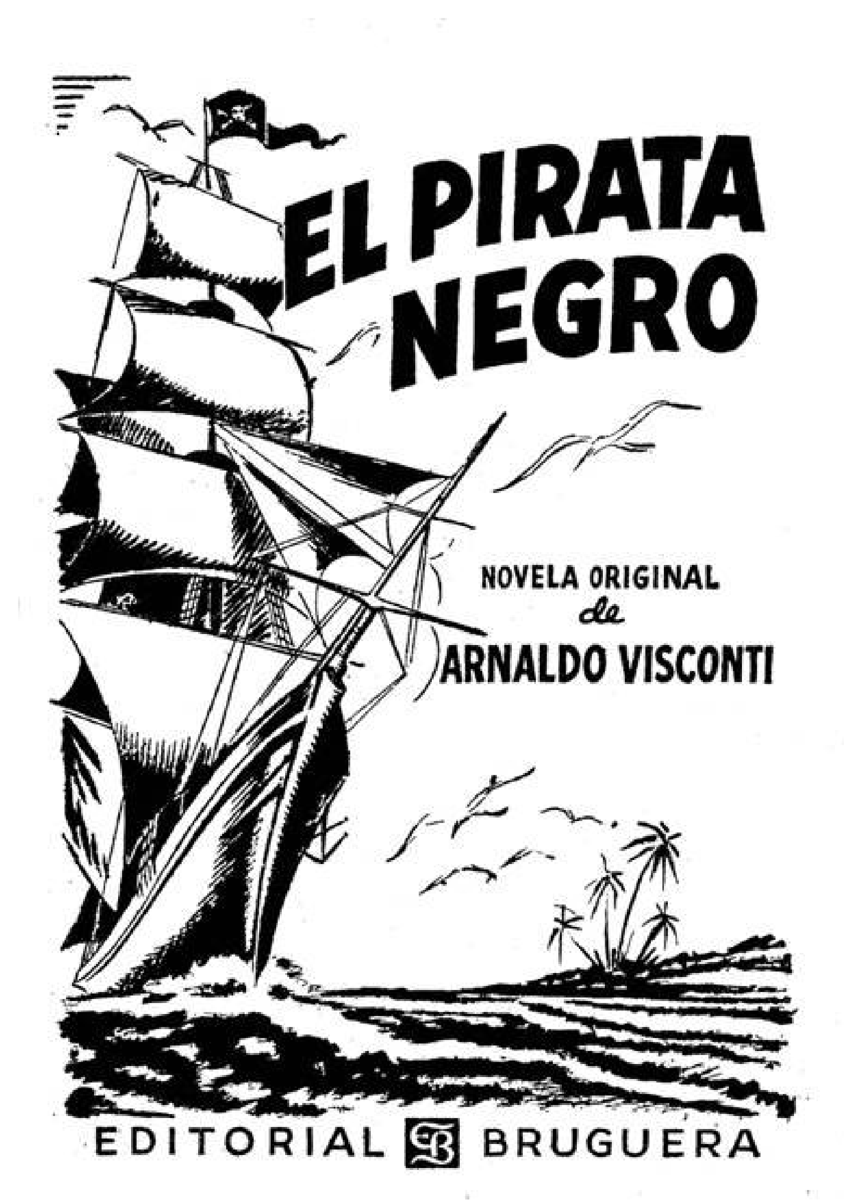
EL PIRATA NEGRO

CONTIE
UN EPISO
COMPL

PROVENSAL

EL CASTILLO DE CIVRY

3 PTAS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El castillo de Civry

Colección El Pirata Negro n.° 40

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


El CASTILLO
de
CIVRI

PROLOGO

Un surco en la frente

Las islas Bécassine formaban a modo de una barrera protectora entre el mar libre y la rada de Burdeos. Eran islitas despobladas, de pequeño perímetro y que distaban apenas dos millas del puerto y ciudad que integraban en conjunto la gran urbe bordelesa.

Carentes de vegetación, sin recursos naturales ni pobladores, constituían geológicamente un arco de islotes que ni siquiera merecían el honor de figurar en los mapas trazados por los cartógrafos de la época.

Tan sólo aparecían en las cartas marinas, y en ellas merecían una mención especialísima. Un signo cabalístico obligaba al marino novel que por vez primera navegaba por aquellos parajes a consultar el texto explicativo.

Los veteranos en las singladuras del Atlántico, tanto nórdicos como meridionales, no necesitaban recurrir a la lectura del texto cuando sus buques rondaban aquella antesala del Canal de la Mancha, porque conocían sobradamente el privilegio de que disputaban las islitas Bécassine. Un privilegio que convertía en productivas, paradójicamente, unas tierras yermas y estériles.

Un privilegio decretado por el rey de Francia, atendiendo peticiones de un núcleo de avispados mercaderes bordeleses, que al obtener la firma real se frotaron las manos vigorosamente en el camino de regreso a sus tiendas y almacenes.

Habían logrado un acrecentamiento de las riquezas que ya de por sí les proporcionaba el próspero ajetreo del puerto bordelés, uno de los más frecuentados en la ruta del Atlántico.

Había sido un sagaz aprovechamiento de la inutilidad que representaba aquel marco de peñascos que emergía a dos millas

escasas del puerto natural.

El privilegio real confería a las Bécassine el rango de "tierra de nadie". Tierra donde podían anclar toda clase de navíos, aun los mismos que formasen parte de escuadras pertenecientes a naciones que, eventualmente, se hallasen en guerra con Francia.

Al principio, los habitantes de Burdeos habían acogido recelosamente las explicaciones de los triunfantes mercaderes portuenses.

¿Cómo podían aquellos "desalmados" pretender que era una prebenda envidiable la conseguida en su viaje a París? ¿Y se enorgullecían al afirmar que hasta los navíos corsarios y piratas podían atracar libremente en las calas de las Bécassine? ¿No comprendían que ya no existiría seguridad para los hogares de Burdeos cuando recalasen tranquilamente a dos millas de la ciudad, buques tripulados por gentes de toda calaña?

El portavoz de los mercaderes aplacó los primeros enojos, explicando triunfalmente la extensión del privilegio real. Cualquier buque que atravesara la barra natural de las islas pretendiendo entrar en el puerto de Burdeos, sería inexorablemente hundido por las baterías de las fortalezas.

Sólo serían respetados mientras no rebasaran la línea que en forma de arco formaban las Bécassine. Y entonces quedó de relieve la finalidad del viaje de los más conspicuos hombres del comercio bordelés.

Muchos de los navíos que por causa de la guerra, y aún más por navegar bajo pabellón libre, corsario o pirata, no se arriesgaban a proveerse en los puertos del litoral atlántico, acudirían a las Bécassine. Y respetarían lo convenido, porque sabían que de lo contrario las baterías de las fortalezas abrirían fuego contra ellos.

Al cabo de dos años de instaurado el privilegio, todos, sin reserva, elogiaron admirados a los mismos que de regreso de París fueron criticados acerbamente, y aun puestos en la picota del entredicho.

Múltiples habían sido los barcos que recalando en las islas, obedecieron las instrucciones del privilegio, limitándose a enviar al puerto de Burdeos una lancha cada vez, con tripulación no superior a diez hombres desarmados.

Finalizando el año 1710, los comerciantes, al realizar sus

balances, se refocilaron comprobando que un buen número de beneficios procedían del suministro a las torvas tripulaciones de nacionalidad desconocida, o que fingían desconocer, que acudían a ampararse al privilegio del avituallamiento en aguas francesas de la rada de Burdeos.

Ya nadie consideraba espectáculo interesante o temible la llegada de buques de todo calado y estructura a las islitas Bécassine.

Por esa misma razón, tampoco nadie se preocupó de averiguar las causas que motivaban una prolongada estancia en una de las bahías isleñas de un barco de ágil estampa, que cualquier armador identificaría como de construcción española.

Era un velero de arrogante traza y erguido espolón de proa, cuya afilada carena tenía solidez y a la par línea maniobrera. Pero en aquel otoño de 1710 la tripulación del velero anclado no demostraba intenciones de hacerse a la mar. No obstante, no se mantenía anclado por reparaciones o limpieza de carena, ya que estaba en perfectas condiciones de navegación.

El tibio sol otoñal amarilleaba en cubierta, donde los componentes de la tripulación aparecían tendidos confortablemente en posturas de total relajación muscular. Unos roncaban abajo en hamacas, colgantes los brazos y desmadejados los miembros. Otros, tendidos boca arriba, empleaban como colchones lonas dobladas y por cabezales sus propios brazos entrecruzados.

Percibíase que tenían costumbre de dormir en las más incómodas posturas y que para ellos resultaban envidiables las condiciones en que dormían. Ni el mar rugía, ni tronaban las bocas de los cañones.

Era un barco tranquilo meciéndose blandamente en un día apacible sobre un mar ligeramente rizado.

Sin embargo, dos hombres que paseábanse por cubierta no ostentaban en sus semblantes la menor alegría ante aquel espectáculo de paz y sosiego.

Uno de ellos, de ancho tórax atlético y largas piernas esqueléticas, miraba a diestro y siniestro lanzando ojeadas amenazadoras por encima de su caballuna nariz.

El otro, corpulento y macizo, ostentaba un semblante pavoroso, no porque lo forzara o contrayese en muecas horrendas, sino porque la piel que cubría sus huesos faciales era un conglomerado de

cicatrices, que aumentaba la ya de por sí bestial apariencia de sus achatadas facies.

Vestían todos calzón corto que dejaba la pierna y el pie desnudo, y una camisa de recia tela cubríales el torso. Y a todos les caracterizaba también en idéntica hermandad, el sable corvo en el cinto. Veíase que lo consideraban prenda inseparable hasta para dormir...

—Hatajo de borricos-masculló el zancudo, exhibiendo al abrir la boca unos dientes ennegrecidos en los espacios donde no había mellas.

—Duermen como cerdos-replicó el del rostro desfigurado por las cicatrices.

—No tienen sesos, "Cien Chirlos". Te lo digo yo, que soy hombre inteligente-afirmó el larguirucho.

—Si los tuvieran, se aburrirían.

El comentario del llamado "Cien Chirlos" hizo asomar en el feo rostro enjuto de su interlocutor una mueca de asombro.

—Aclara, alma mía-dijo con pronunciado acento andaluz —. ¿Cómo mil rayos me como yo esa salsa? ¿Que si tuvieran sesos se aburrirían...?

—Torpe eres tú que tanto presumes de sesera, chiclanero-rezongó "Cien Chirlos" —. Y sólo tienes mucha pierna. Digo que se aburrirían, porque sin "él" este barco es un cascarón sin... Bueno, pues como un huevo sin yema, o como un frasco sin vino.

—¡Qué bruto eres! —exclamó "Piernas Largas" con evidente admiración.— Tienes comparaciones atinadas, aunque a "él" quizá no le harían gracia tus semblanzas.

—"Él" sabe que yo... —y se interrumpió "Cien Chirlos", deteniéndose también en su marcha. Asestó una mirada carente de toda amenidad al semblante de su acompañante—. ¿Buscas pelea, andaluz?

—Yo lo que digo es que me duelen los huesos de nostalgia. Tengo anhelo de Caribe. ¿Te das cuenta, so bruto? Allá, aquel mar tan azul, con tanto casco lleno de piltrafas que se creen piratas, y que presumen porque nosotros estamos lejos. ¿Te das cuenta, carota fea?

—¡Ah, el Caribe!... —suspiró "Cien Chirlos", poniendo los ojos en blanco, en sincero pesar—. Somos de allá, "Piernas Largas". Y

volveremos, porque “él” también está deseándolo.

—Nuestro pabellón del aguilucho... ¿Recuerdas cuando ondeaba? Ingleses, franceses, holandeses y toda la plebe, susurraban: “Es él... Es el Pirata Negro...”. Y zumba y dale. Corte por acá, mandoble por allá, trompicón para ti, cadáver que te quiero, combate que me gano, y “Aquilón” siempre avante.

Gesticulaba el andaluz contagiado de sus propias palabras. “Cien Chirlos” esquivó por casualidad un recio puñetazo con el que “Piernas Largas” aporreó el aire en imaginario y contundente ataque.

Pero no se limitó a esquivar. Su codo derecho, como por inadvertencia, se dobló y fué a golpear rudamente las costillas del andaluz, haciéndole encorvarse de flanco.

—¡Eh, animal! ¡A fe de Curro Montoya, natural de Chiclana, que a otro que tú no fueras, le habría ya partido los hocicos!

—¿Tú a mí?

A la vez que pronunciaba las tres palabras, “Cien Chirlos” escupió desdeñosamente.

El andaluz sonrió malignamente. Su rodilla se alzó de pronto, alcanzando de lleno el estómago de su compañero...

—Vale el uno por el otro. Codazo por rodillazo. En paz. ¡Digo!

“Cien Chirlos” retrocedió dos pasos. Conocía sobradamente las marrullerías del chiclanero. Fué arremangándose la camisa, pero cambió de idea, y más que quitársela se la desgarró, arrojándola al suelo.

Volvió a escupir por el colmillo, arañándose con satisfacción el peludo pecho.

“Piernas Largas” también retrocedió, limitándose a desabrocharse la camisa y sacar los faldones fuera del pantalón.

—¿Conque peleíta, eh, carota? Ha tiempo que no te he hincado el puño en la jeta. Vete contando los dientes que tienes, y también las muelas. Me como una vela mayor si no te zumbo el tambor a puñadas y coces.

—Menos palabreja y más verdades, so... so fantasioso.

En la cubierta poblada de ronquidos pareció por un instante que dos fraternales amigos veíanse por vez primera después de muchos años de separación; tal era el ímpetu con que se abrazaron.

“Cien Chirlos” hincó su barbilla en el pecho del andaluz, y

complementando su abrazo daba extraños saltos. Saltos que no tenían más finalidad que esquivar los traidores rodillazos con los que “Piernas Largas” intentaba encajar sus huesudas rótulas en la entrepierna del que le mantenía estrechamente enlazado.

Logró de pronto “Cien Chirlos” unir las piernas, alejándolas de todo posible contacto con las de su contrincante. Presionó con el mentón, doblando hacia atrás el torso adversario.

Aulló “Piernas Largas” ante el feroz abrazo que le oprimía las costillas, dificultando su respiración. Sintió crujir sus huesos, y con esfuerzo que se imponía a su propio dolor, proyectó hacia delante la cabeza en recio testarazo. Chocaron las frentes, y “Cien Chirlos” aflojó su abrazo. Repitió el andaluz el cabezazo, y ambos quedaron distanciados por dos pasos, tambaleándose.

Se recuperó primero el aragonés, que abalanzóse de nuevo. Pero le acogió el tacón de “Piernas Largas” que resonó huecamente en su estómago. Uno de los puños del andaluz se levantó, abatiéndose contra la nuca del que embestía como un toro furioso.

Dió “Cien Chirlos” un traspiés, y enlazando las piernas de su adversario, le derribó. Rodaron en masa confusa por cubierta, volcando un barril, un armero y unos desatascadores en las convulsiones del abrazo con que mutuamente intentaban cabalgar el uno encima del otro.

La hasta entonces pacífica cubierta convirtióse en un santiamén en escenario de muy despiertos espectadores, que saltando de las hamacas los unos y abandonando sus yacentes posturas los otros, echaron mano a los sables al oír el ruido del barril que rodaba, del armero que vaciaba sus barras de hierro y cadenas y de las largas pértigas que rebotaban en el suelo. Pero viendo a los causantes del estruendo, enzarzados en sañuda lucha, gritaron alegremente, animando los unos al andaluz, los otros al aragonés

Ambos contendientes formaban un doble tórax reunido, de cuya masa brotaban cuatro piernas agitándose en perneos que buscaban presa donde cabalgar. Lo consiguió “Cien Chirlos”, que quedó sentado en el pecho del andaluz. Sus dos manos, estrechamente aferradas a los hombros del que estaba bajo su peso, parecían deseosas de incrustar al vencido contra la cubierta.

Soltó uno de los hombros para propinar un espantoso puñetazo en la nariz caballuna. El puño resonó huecamente en la madera.

Curro Montoya había apartado la cabeza, y a la vez lanzaba un zarpazo hacia el rostro hirsuto y pavoroso que le dominaba. Devolvió con la zurda “Cien Chirlos” el mismo golpe. Seguía cabalgando, pero ya era un jinete próximo a desmontar, porque el ágil chiclanero, apoyándose encima de sus tacones y espaldas, agitábase en grotescas contorsiones.

Cayó “Cien Chirlos” de lado, pero sus tacones trabaron contacto con el rostro del que intentaba incorporarse.

Rodaron los dos, al alejarse entre sí con rapidez. Simultáneamente pusiéronse en pie, y abiertos los brazos, azuzados por los gritos enardecidos de los tripulantes, corrieron a renovar el abrazo.

Pero el chiclanero contrarrestaba la mayor fuerza de su ocasional enemigo con el dominio de las tretas más inesperadas. No enlazó sus brazos alrededor del torso peludo, sino que las anchas y callosas manos cerradas imitaron con veloz impulso el gesto del que quiere reunir sus propios puños.

Sólo que no trabaron contacto entre sí, porque entre ellas estaba el rostro de “Cien Chirlos”. Dobló el aragonés la cintura, velados los ojos por la niebla de la inconsciencia. El doble golpe le había martilleado las sienes. Repitió “Piernas Largas” su ataque, pero los brazos le colgaron inertes, flácidos, antes de conseguir su propósito; la cabeza de “Cien Chirlos” acababa de estrellarse en recio choque contra su mandíbula.

—¡¡Viva “Piernas Largas”!!

—¡¡Viva “Cien Chirlos”!!

La doble aclamación pareció dar por terminado el incidente sin importancia. No era la primera vez que aquellos se enzarzaban en feroz lucha.

Regresaron algunos a sus hamacas, otros a sus lonas, y los más bajaron a la cala para pedir su ración de media tarde.

Incorporóse trabajosamente sobre un codo el chiclanero, mientras a un metro de distancia el aragonés, apoyando manos y rodillas en el suelo, intentaba también levantarse.

Y haciendo separadamente el mismo recorrido, mitad a gatas, mitad encorvados, llegaron ante sendos barriles repletos de agua, donde hundieron afanosamente los rostros.

Instantes después, “Cien Chirlos” sacudióse como un perro

chorreante. Aspiró aire, golpeándose primero el pecho, y después toda su anatomía en busca de algún hueso roto.

Sacudió la cabeza, comprobando que donde lo dolía ligeramente era bajo los ojos. “Un extraño efecto”, meditó. Los golpes habían sido en las sienes. Sin necesidad de mirarse en ninguna superficie pulida que reflejara su imagen, comprendió que sus hinchados ojos, por la repercusión del doble puñetazo, lucirían cercos amoratados.

Su rostro parecía una gárgola horrenda mientras reía al ver los gestos con que el andaluz, también empapado en agua, se palpaba amorosamente la mandíbula, a la vez que uno de sus dedos hurgaba en el interior de la boca.

Extrajo una muela negra que arrojó olímpicamente al mar.

—Estuvo bueno, so bruto —dijo “Piernas Largas”—. Me ahorraste las tenazas del barbero. Era una muela un poquillo endeble.

—¡Podrida! —gruñó “Cien Chirlos”.

—Bueno. Quizá sí que estaba podrida. Oye, ojitos negros, tengo abajo en mi camastro un frasco de vino añejo. Te invito...

—Un sorbo no me vendrá mal —aceptó “Cien Chirlos”.

—... Te invito, pero me das los dos doblones a que equivale la mitad del frasco.

—Pero bebo el primero.

Alejáronse hacia la cala.

—Y “él“, ¿crees que volverá pronto, chiclanero?

—No ha de tardar. Fué tan solo a dar un paseíllo por tierra.

—Hace ya cosa de cuatro días que marchó.

—Me “juelo” que estará ya harto de tierra francesa. Para “él”, nada iguala la cubierta del “Aquilón”. He dicho, y no quito media ni añado cuarto de más.

Enlazó su brazo derecho al de su reciente contrincante. “Cien Chirlos” gruñó como un oso que no acepta excesivas familiaridades, pero no se apartó.

Reconocía que el andaluz tenía derecho a aquella familiaridad, porque le reputaba tan bruto como él mismo.

Y “Cien Chirlos” consideraba con orgullo que a bordo sólo podía jactarse de aquella igualdad el que ahora canturreaba alegremente una copla bien entonada, mientras bajaban las escaleras que conducían a la cala.

CAPÍTULO PRIMERO

Cambio de ambiente

Dos jinetes avanzaban a todo galope por la ruta de París a Burdeos. Era un camino real muy frecuentado, en el que suntuosas hospederías y mesones de pan y cuchillo jalonaban la ancha avenida, donde las ruedas de las carrozas y los cascos de los caballos levantaban continuamente nubecillas polvorientas.

Debían tener prisa los viajeros para llegar a su destino, porque sin detener el ritmo veloz de sus monturas, desdeñaron la acogida que les brindaban los bonetes blancos de los hosteleros asomando a los umbrales de los edificios, instalados frecuentemente a la entrada o salida de los pueblos y aldeas que atravesaban.

Cuando desde la cima de una loma, en una curva de la carretera, quedaron a la vista los viñedos de la comarca bordelesa, el que iba en cabeza refrenó su caballo, y tras pasar del trote a un paso ligero, tendió la diestra, mostrando los cambiantes matices que la media tarde confería a las cepas y los caseríos aldeanos.

La carretera descendía ahora hacia el azulado límite del mar.

—Burdeos, estudiante. Última etapa de tu breve incursión por tierra gala.

—Y a fe que no lo lamento-replicó también en español el otro jinete, acompasando su jadeante cabalgadura al tranco de su compañero —. Dos españoles en París envueltos en la intriga macabra de una mujer vampiro abandonan la capital de las luces y el progreso, con grandes deseos de cambiar de ambiente.

—Para respirar aires salobres al vaivén del mejor de los amigos y el peor de los enemigos. Bravo cuando se enfurece, amistoso cuando gime blandos cantares de calmosas olas.

—Antillas... Oro de sol, plata de luna, esmeraldas de mar,

diamantes de estrellas.

—Cualquier navegante es dueño de esta riqueza. Y no la poetisa porque la vive. Pero tu temperamento es inquieto, estudiante.

¿Acaso el tuyo es lago de ensueños? Como yo, señor Lezama, tú deseas siempre renovar tu ambiente.

—¿Qué buscamos, señor Lucientes? ¿Olvido?

—Vivir.

—Atinada respuesta, porque supongo que vivir consistirá en olvidar el pasado, y sólo aspirar el aroma del presente, sin cuidarse del porvenir. Al menos, así viven los insensatos. El que acababa de hablar sonrió sarcásticamente. Su acompañante, que le miraba de soslayo, esbozó una sonrisa también irónica.

Por espacio de un minuto sólo se oyó el repicar isócrono de los cascos de los dos caballos.

—La visión de tanto viñedo me da sed, señor-habló el pelirrojo atildado, echando hacia atrás el tricornio azul. Sus manoplas de terciopelo cubrían hasta medio antebrazo de su casaca amarilla.

—Mejor considero el beber que el filosofar. ¿Dónde crees que vamos, madrileño?

—Supongo que primero buscaremos lancha en que llegar a tu barco.

—La hay esperándome a diario, y también por la noche, en el puerto bordelés.

—Entonces, atravesaremos la rada y ante tu “Aquilón” me pasmaré de gozo.

—¿Después?

—Ordenarás proveer a fondo, para el largo viaje rumbo al Caribe. Y por las noches en calma, oiré la voz de “Piernas Largas” vibrar las saetas de sus lamentos cancioneros. La luna verterá plata...

—...y recitarás poesías infames, teniendo por testigos las esmeraldas del mar.

Diego Lucientes rió sonoramente. El Pirata Negro lanzó una carcajada loca, breve.

—Pienso que si no te conociera como te conozco, señor Lucientes, ahora mismo descabalgaba, pero procurando al caer no hacerme daño. Y tu cuerpo me serviría de almohada para amortiguar el golpe.

—Malévolas intenciones, señor —sonrió Lucientes. Pero había cierta expresión cohibida en la luz de sus pardos ojos—. ¿Qué nueva torpeza he cometido? ¿Aprieto demasiado el bocado de mi fatigado penco? ¿No tengo airoso continente en la silla?

—Eludes la cuestión, así como yo. ¡Tú lo quieres, bribón! Iremos, pues, al Caribe.

—¿No era este mar tu meta?

—Sí. Para mí que temprano cabalgué las olas tropicales, forzoso final he de buscar allá. Pero tú... Tate, de nuevo me meto a consejero. Que cada uno conduzca su propio timón, estudiante, que la ciencia de la vida nadie la posee.

Picó espuelas el Pirata Negro, y reanudó prontamente el galope. Sus enigmáticas palabras eran, sin embargo, muy comprensibles para Diego Lucientes.

Veíanse ya los contornos de los primeros edificios de la populosa urbe bordelesa, cuando de nuevo, para dar reposo a su montura, el Pirata Negro tiró suavemente de las riendas.

Diego Lucientes señaló la silueta gallarda de un bergantín cuyos palos confundíanse con la selva laberíntica de otros tantos y semejantes aparejos. Muchos eran los barcos que en tránsito y enarbolando pabellón francés, salían diariamente del muelle de Burdeos o entraban en él.

—Creo reconocer aquel cacharro, señor-dijo humorísticamente el madrileño —. Si la vista, no me engaña, es bergantín que mal apodado “Madriles” perteneció antaño a un bribón llamado Diego Lucientes, que tuvo la feliz idea de morirse en un patíbulo sevillano.

No replicó el Pirata Negro hasta después de unos instantes.

—Podría ser de nuevo tuyo.

—¡Repámpanos, señor! ¿Un difunto reclamando su propiedad? Sería contrario a las reglas de la más elemental discreción. Respeto a los que yacen en las tumbas del olvido.

—Por eso mismo, cierra el pico. ¿No estás bien decidido a permanecer difunto? No te acuerdes, pues, del bergantín ni de cuanto con él se relaciona.

—Desde que coronamos la loma percibo un retintín de reproche en tu voz, señor hidalgo. ¿Cartas boca arriba?

—A bordo, y cuando me dé la gana quizá las coloque boca arriba, don Diego. Por el instante, baraja tú las tuyas.

—Una cosa quisiera saber, señor. ¿Te incomoda llevarme a tu bordo?

—Estúpida pregunta. Si no te considerase el compañero más capacitado para añadir a mi insolencia la tuya, no juzgaría tu presencia a bordo del "Aquilón" como un adorno más a la taifa de peleones que tengo el honor de encabezar. Tregua a las frases, don Diego. Nos acercamos al muelle.

—Llamarme "don Diego", lo juzgo yo como una chanza despectiva.

—No te encabrites, estudiante. Es pronto para pelear. Aunque no quieras acusarlo, cada una de mis palabras lleva su intención. Te llamo "don" porque es título que te pertenece. ¿No tienes estudios?

Pero la sonrisa del Pirata Negro desmentía su última frase. Diego Lucientes siguió en silencio, hasta que las dos monturas se detuvieron en el borde empedrado del muelle.

Un sujeto mal encarado, levantada la vista y rígido en su postura de marcial envaramiento, aguardó a que los dos recién llegados desmontasen.

—Hola, perillán-saludó el Pirata Negro —¿Te tocó el turno de remo?

—Sí, señor-dijo con voz vibrante el interpelado —. En la lancha está Tirabeques. Relevábamos cada doce horas. He tenido la suerte de ser yo quien a bordo te lleve, señor.

—Y es suerte que yo comparto, Sebastián. Luces hermosos colores. Celebro que la pitanza del "Aquilón" te siente a maravillas. Coge de las riendas esos dos jamelgos y vete a venderlos donde quieras. Regresarás a bordo en lancha de alquiler. El dinero que obtengas, debes invertirlo hasta el último centavo, a partes iguales, en vino de Burdeos y jamones ahumados que sirvan a bordo como adición extraordinaria a la ración de fiesta que la tripulación recibirá por el honor de contar de nuevo entre sus pellejos la figura arrogante del señor Diego Lucientes.

Los ojos de Sebastián estaban redondos de asombro, fijos en el antebrazo izquierdo de Lucientes. Asió las dos riendas de los sudoroso y fatigados caballos...

—Mi brazo le pasma, señor-dijo Lucientes, puerilmente ufano.

—Te vió sin él. Sabe que la mitad perdiste salvando al "Aquilón". No es milagro ni brujería, Sebastián. Hartos venimos de

oír tales adjetivos Es tan sólo ingeniosa obra de artífice que suplió con hierro los músculos que faltaban.

—Gracias, señor-replicó con aparente incongruencia el pirata. Quería significar que ahora comprendía y a la par agradecía la explicación de su capitán.

—Lárgate a la venta, Sebastián ¿Chapurreas francés, no? Si mal no me engaño, a ti te recluté en la Dominica.

—Lo chapurreo, señor. Y con la dedos y los dientes me haría entender aún en la misma tierra de los africanos, si el caso se diera.

—Dedos para contar, dientes para morder la plata de las monedas. Medidas prudentes que en todos los lenguajes son de fácil entendedera. Óyeme, Sebastián-y el Pirata Negro asió por el coleto al que estaba enmarcado por los dos hocicos equinos —: A como me ves tan cordial, no se te olvides que huelo los alientos y adivino las bellaquerías. Dije jamón ahumado y vino para todos. No para tu punza tan sólo. Belitre avisado, sabe a qué atenerse. Puedes irte.

Alejóse el pirata andando entre los dos caballos, de cuyas riendas se sostenía.

Carlos Lezama descendió las escaleras que conducían al rellano donde una lancha aguardaba. En su centro, en pie, un tripulante del "Aquilón" apoyaba sus dos manos en los remos, ya abiertos y ahorquillados.

—Hola, Tirabeques. Demuéstranos que tus brazos no se han enmohecido. Rema presto, que tanto el señor Lucientes como yo ardemos en deseos de cambiar de ambiente.

La lancha avanzó por entre multitud de cascos, sorteando hábilmente los surcos de oleaje que producían otras lanchas que iban y venían de tierra a bordo de los navíos anclados en el centro de la extensa rada.

Sentado a popa, Diego Lucientes miraba frente a sí, hacia el arco de las islas Bécassine.

En pie a proa, el Pirata Negro apoyaba el tacón de su bota derecha encima del entronque de las maderas. Los puños en las caderas, y alzado el rostro, volvía la espalda al remero y al madrileño.

Sin volverse, habló cuando ya era visible, la silueta del "Aquilón":

—Hermoso barco. No lo hay mejor en todo el Caribe. Torpe he

sido yo en meterme en andanzas de tierra y barro, teniendo joya cuyo engarce limpia el mar constantemente. Hasta la sangre es sucia en tierra, don Diego. Forma charcos pestilentes. En cambio, cuando gotea en el mar es roja y pronto se torna sonrosada hasta verdear… Y nada pasó… El salobre líquido todo lo borra.

—A tu modo, también poetizas, señor-masculló Lucientes.

—En espera de oír crujir los cascos ametrallados, y quebrarse las bordas ensartadas por el espolón de proa. Todo es natural en mí, don Diego. Lo aprendí en el Caribe, no en aulas de la capital española.

—Te juro que deseos tengo ya de oírte cantar tu juego.

—¿Las cartas boca arriba? Pronto las verás, don Diego. No te impacientes.

Cuando la lancha adhirióse al costado del “Aquilón”, el Pirata Negro subió por la escalera tendida, seguido de Lucientes.

Doradas luces nimbaban la cubierta, donde alineados en dos grupos formados de a tres en hilera de fondo, los tripulantes del “Aquilón” conservaban una rigidez de estatuas.

En sus diestras colgaba el chambergo, el tricornio o el gorro de lana, según las preferencias de sus poseedores.

Para la ocasión habían vestido apresuradamente sus mejores galas, cuando el catalejo de “Cien Chirlos” divisó en lontananza la lancha que conducía a “él”.

Y como muda esperanza, simbólicamente envolvían sus cráneos y cabellos con el pañuelo rojo…

El Pirata Negro desfiló ante ellos sin mirarlos. Se encaramó en dos saltos a la borda del castillete de proa.

Diego Lucientes dió un rodeo hasta entrar en la escalera que conducía también al castillete, y se detuvo en los últimos peldaños. Divisaba la amplia espalda del que ahora, tras una sonora carcajada, hablaba:

—Hola, mis valientes. Estamos todos a gusto. Huele a sudores rancios, a vinazo y a tasajo. Pero la brisa hace que casi resulten agradables estas perfumadas esencias. Antes de que os cuente mis propósitos, pido tres “vivas” par el caballero Lucientes, que nos honra con su presencia. Avanza, “Medio-Brazo”. Que te vean mis hombres.

Diego Lucientes, obedeció y fue a colocarse un paso tras el

Pirata Negro, a su izquierda.

En el aire ascendieron por tres veces en impulsos verticales, los gorros de lana, los chambergos ajados y los tricornios remendados.

Los roncos “vivas” restallaron al unísono. Era sincera la aclamación de los que no podían olvidar que el hombre apodado “Medio-Brazo” lo era, en realidad, porque su antebrazo izquierdo quedó cercenado por cables del “Aquilón”, cuando estuvo a punto de naufragar a causa de la tormenta.

Fué “Piernas Largas” quien al frente de su grupo, boquiabierto, expresó con más elocuencia su sorpresa al ver el ademán de los dos brazos enteros con que Diego Lucientes correspondió al triple grito de salutación.

—No os quiero llamar reato de pollinos, que aun es pronto-habló el Pirata Negro, apoyando ambas manos en el reborde —. No es arte de magia el adivinar que todos pensáis por qué diablos luce nuestro señor don Diego un brazo izquierdo completo. Hay hierro ingenioso oculto bajo la casaca y la manopla. Y si con medio brazo el señor Lucientes era un luchador digno del “Aquilón”, podéis figuraros que ahora pretenderá igualarme en combatividad. Presumo, pues, que bajo favorables auspicios, podremos enarbolar el pabellón del aguilucho...

Descendió el diapasón de su voz, para continuar diciendo:

—Caribe... Música a los oídos. ¿La oyes, guapetón? Música de pólvora que refrescará las cicatrices de tu pellejo. Caribe... ¿Te enteras, chiclanero? Coplas ardientes de combate que tú transformarás en tonadillas de vino cuando la calma vuelva a reinar. ¿Os dais cuenta, mis valientes? Hemos decidido proclamar a todos los vientos, que estamos hartos de un continente con pujos de civilización. No queremos mercaderes parapetados tras barrigas honrosas. No queremos mercachifles astutos que alternan el manejo de los libros con la puñalada traicionera y el informe vendido al mejor postor. Queremos pabellones tétricos, donde las calaveras y los huesos finjan muecas de espanto, que nunca serán más horribles que las que tengan los rostros de aquellos que se nos interpongan. Avanza, guapetón, que quiero hablarte.

“Cien Chirlos”, reventando de orgullo, dió tres pasos y se inmovilizó al pie del castillete.

—Estás más precioso que nunca, amigo. ¿De cuándo acá te

pintas los ojos?

Cabizbajo, “Cien Chirlos” perdió repentinamente toda su orgullosa arrogancia.

Sonrió el Pirata Negro, clavando sus ojos brillantes en la parte inferior del rostro de “Piernas Largas”.

—Tate... ¿Quisiste entrar por puerta estrecha, guapetón? ¿La misma puerta que ennegreció la mandíbula del chiclanero? Habla, “Cien Chirlos”.

—Tuve... tuve, señor, unas palabras de más con “Piernas Largas”. Él no tuvo la culpa.

—¿Entonces la tuviste tú?

—Fué de pronto, señor. No sé bien lo que ocurrió.

—Avanza tú, chiclanero. Eres más elocuente. Escupe por el colmillo, aclárate la garganta, y habla. ¿Por qué peleaste con “Cien Chirlos”?

El andaluz alzó la cabeza, serio el semblante, aunque chispeantes los ojillos.

—Fué como “dise” “Cien Chirlos”, señor. De pronto... No sé cómo sucedió, pero no hubo maldad en los codazos ni en las rodillas, ni en los puños. Algo que hacía falta para calmar la espera, señor.

—¡Par de bestias! ¿Es que no halláis mejor entretenimiento para divertiros que descalabraros? Cuervos me coman si estando yo a bordo volvéis a pelear sin que yo remate la faena, midiendo por cubierta a puntapiés la largura de vuestras tripas. ¡A vuestros sitios!

Retrocedieron ambos, contritos, apesadumbrados y cabezas gachas.

El Pirata Negro echó hacia atrás el cuello, y en alto el mentón empezó a reír en carcajadas estentóreas.

Fué primero un tímido eco en alguna garganta. Y desbocóse de pronto la hilaridad. Un coro de gruñidos, de gorgoteos, de roncas risotadas, brotaba de todos los pechos, acompañando las carcajadas del que en lo alto del castillete reía con viril orgullo.

“Cien Chirlos” alzó el rostro, contraído en horrendas muecas de alegría. “Él” reía...

Curro Montoya cloqueaba en musicales risotadas... Y de pronto, todo ruido cesó al enseriarse repentinamente el semblante de Carlos Lezama, que asestó miradas hacia los alineados.

Por entre los párpados entornados fué contemplándolos…

—¿Sabéis acaso per qué he reído, hatajo de malandrines? No lo sabéis. Habéis rebuznado satisfechos. Yo os explicaré por qué me he rascado la garganta. Me alegra verme entre vosotros, valientes bestias de panzas contentas, si sazonan sus manjares, y mis vidas con la especia de la lucha. Harto de cortes y de remilgados paladares, contemplar esta ristra de malolientes peleones, me hace revivir. Vosotros sois mis hombres, los que conmigo habéis andado los más peligrosos caminos sin nunca torcer con perversidad de cerebros el paso torpe de vuestras pisadas de asnos luchadores. Vais a la lucha porque vuestro hogar es el "Aquilón". Yo os dirijo… porque no tengo hogar. Y cuando queréis expresar vuestra amistad os peleáis entro vosotros mismos.

Todos los rostros proyectados hacia el castillete denotaban un profundo convencimiento. Cada palabra que a otros oídos hubiera podido sonar a insulto, era el mejor de los elogios para quienes las oían entonces.

Y como siempre, si había frase cuyo sentido se les escapaba, no por eso dejaban de paladearla. Lo decía "él", y era artículo de fe…

—Sois rudos, viriles, bastos. Cierto estoy que vuestras pelambres darían envidia a las fieras que tal se creen. Y por eso os tengo afecto, bellacos. Porque hay reciedumbre de terca obstinación en vuestros perfiles al saber que la muerte os acecha continuamente, con lo que prestáis aliciente al cotidiano vegetar. Os fuí pescando acá y acullá… Erais tipos cargados de pasiones, dominados por el medió en que vivíais, excesivos en vuestros desahogos, y acostumbrados a tomarlo todo por la fuerza y a hacer justicia como lo entendíais y por vuestras propias manos. Acatasteis mi mando, y juntos formamos un hogar flotante cuyo techo es el cielo donde las estrellas son las luminarias, y sin suelo ni arraigo porque el mar se mueve continuamente simbolizando nuestro inquieto temperamento, que se mustiaría permaneciendo amarrado. Por eso volveremos al Caribe, y de isla en isla pregonará la brisa que los tripulantes del "Aquilón" matan a los que de la mortandad hicieron su profesión. Y cuando en la pelea uno de vosotros caiga, otro le sustituirá, y mientras el caído habrá hallado su definitivo reposo, todos seguiremos nuestro primario impulso que nos lleva a considerar la aventura de cada puerto como etapa obligatoria de

errabundos del mar. Y basta de florilegio intentando explicaros cuál es la razón de nuestra existencia. Volved a la cala, y cena de honor para celebrar la presencia de “Medio-Brazo”. Dos días tienes de plazo, “Cien Chirlos”, para equipar las alacenas con vituallas apropiadas para largo viaje. Los mismos tienes tú, “Piernas Largas”, para carenar, calafatear y darle al “Aquilón” un remozado baldeo. ¡Desfilad!

Cuando la cubierta quedó desierta, volvió Lezama la espalda al puente, quedando frente a Diego Lucientes.

—Con la sarta de palabras que acabo de enjaretar me he rejuvenecido, don Diego.

—En algunos instantes me has dado la impresión de que yo era un intruso entre todos vosotros, señor.

—¿No te pesqué a ti también en puerto antillano? Tienes de común con nosotros el que no arraigas en lugar alguno... Volvamos, como antaño, a nuestro bogar.

La mordacidad de ciertas palabras no escapaba al madrileño, que siguió tras el Pirata Negro, y poco después instalábanse ambos uno frente al otro, separados por la mesa que ocupaba el centro de la sala capitana, cuyo amplio ventanal abríase sobre el mar, oscurecido ahora por el crepúsculo.

—¿Estás decidido?

—¿A qué, señor? —replicó Lucientes, aunque había adivinado ya el motivo de las reticencias de su interlocutor.

Acaricióse Lezama el bigote con el meñique, gesto habitual en él y que denotaba una pausa meditativa.

—A ser don Diego en el mar, dejando atrás tierras y civilización. Eres el más adecuado para ser mi segundo con categoría de oficial primero. El cuarteto es inmejorable. Tú de atildado oficial, “Cien Chirlos” de lugarteniente de brega, el andaluz de lugarteniente contramaestre, y yo el dignísimo jefe bribón de una turba de honestos bribones.

—Me acostumbraste a un lenguaje claro, señor. No te cuadran las reticencias ni los eufemismos. Hay reproche en tus frases. Prometiste extender las cartas boca arriba.

—Añadí que tal haría cuando me diera la gana.

Diego Lucientes repiqueteó con sus dedos encima del antebrazo de hierro.

—Me alegraría que ella lo viera.

Murmuró las palabras casi con entonación mística. El Pirata Negro dirigió una rápida mirada al rostro del que acababa de hablar.



—¿Estás decidido?

Y de pronto, al ponerse en pie violentamente el madrileño, derribando su escabel y asestando un sonoro puñetazo en la mesa, comprendió el Pirata Negro que la aguda percepción de Lucientes había calado la intención de muchas de las frases que pareciendo ir dirigidas a la tripulación, tenían por meta herir la sensibilidad del alocado pelirrojo.

—¡Sería canallesco!

—En efecto. Así lo creo-limitóse a replicar el Pirata Negro.

—Tú, ellos, pertenecéis al Caribe. Yo también... pero perdería virilidad si olvidase que tengo una hija.

—Siéntate, buen mozo. Ahora has hablado como esperaba. Abandonar una esposa tiene a veces fundamento, que aunque reñido con la ley moral, puede hallar paliativo en mentes no timoratas. Pero abandonar una hija... ¡eso no lo hace un hombre! Y si te di mi amistad, es porque tuve, y tengo, el hondo convencimiento de que tu hombría es cabal.

—Al principio creí que era mi deber dejar a ellas dos en la convicción de mi muerte. Volviendo a ellas, quizá les renueve un dolor.

—Pero das la cara. No te escudas en la fácil solución de fingir una muerte. Si tu hija al convertirse en mujer tiene que llorar, que lo haga maldiciéndote por no saber ser padre, pero no creyendo haber perdido a un ser digno de sus lágrimas. ¿Comprendes ahora mis alusiones al hogar? Para los del “Aquilón” bien está ir siempre en busca de la aventura. No para ti, ya que existiría siempre un poco de remordimiento en tu mente.

—Nada les falta. La venta del bergantín, el castillo con su prebenda, y los arcones que heredé al enviudar, hacen de Rosa y Gaby dos mujercitas afortunadas.

—Otra razón por la que no tiene excusa tu insensatez en buscar la aventura. Nosotros tenemos la doble excusa de no tener hogar, y ser más pobres que ratas en páramo. Y vayamos al punto más delicado. Rosa Hoyos es bonita... Su viudez falsa podría suscitar en algún varón el deseo de consolarla. ¿Consentirás que Gaby teniéndote a ti por padre (cosa que me inspira compasión por ella) tenga algún día que llamar con este nombre a otro?

—¡Diantres! ¡No!

—¿No se te ocurrió pensarlo antes? Anda, buen mozo. Pon pie a tierra y vete al castillo de Civry. Hallarás allí paz y sosiego.

Diego Lucientes se puso en pie.

—Presto estoy, señor. Pero necesito un embajador.

—Quien enturbia las aguas, debe aclararlas, estudiante del demonio.

—Mi audacia tiene un límite, señor. El límite de no saber qué decir ante una mujercita sensible y una chiquilla inteligente. Tú, en cambio, tienes labia, y...

—Tres días de sacrificio, maldito embrollón. En el fondo, no me disgustará oír los berridos de tu Gaby. Era una mocita linda y lista como una ardilla.

—Cualidades que crecerán con ella. Gracias, señor, por tus tres días de retraso en zarpar rumbo al Caribe.

—La paz y sosiego del castillo de Civry serán para mí el grato recuerdo de mi despedida a Francia. Como un baño en agua de rosas, antes de sumergirme en el proceloso oleaje de luchas

incesantes. No hay, pues, favor en que contigo vaya a Civry. Es mi propio deseo.

—Siempre apartas de ti el agradecimiento, señor. —Arreglas las cosas de forma y manera que pareciendo obrar a tu capricho, actúas como un caballero rebosante de hidalguía, y siendo tu pabellón el de un pirata, haya en tus acciones siembra de justicieras intervenciones.

—En el caso presente me deleita componer el preludio de un idilio reanudado, buen mozo. Aunque maldiga de la Fortuna que te concedió esposa que no mereces, por tunante.

—Ley de compensaciones, señor. Los hombres bondadosos tienen esposas ariscas y escasamente virtuosas. Justo es, pues, que las ovejas descarriadas como yo hallen pastora.

Reían ambos mientras subían al entrepuente. Al silbido del Pirata Negro acudió prestamente “Cien Chirlos”.

—Me ausento por varios días, guapetón... Tate, ¿a qué viene esa perruna mirada de reproche? Me temo que algún día te patee el hígado. Mi nodriza fué una rolliza panameña, y la precisaba porque no podía aún andar de pie. ¡Habla, malandrín! ¿Tengo o no tu permiso para ir a tierra?

“Cien Chirlos” abrió la boca, tragó saliva, volvió a abrir las quijadas, y murmuró:

—Cuando te vas, señor, la mano del miedo se desliza por entre mis hombros.

—¡Caramba! —sonrió el Pirata Negro—. Bella frase para un valiente. Conque miedo, ¿eh? ¡Aclara!

—Un día no volverás, señor. Y entonces... ni el morir me servirá de consuelo, porque no habré podido caer junto a ti.

—¡Imbécil! —pero en la voz de Lezama había un dejo de afectuoso reproche—. No ha nacido aún el hombre que pueda conmigo, ni la espada que halle vaina en mi carne. Y además, aleja toda preocupación. No voy a una aventura. Voy al castillo de Civry, en la ciudad de Angulema, donde todo es paz y sosiego.

Alejóse, acompañado de Lucientes, y seguido por el pirata hasta el borde de la escala que conducía a la lancha.

Dió un empellón brutal al aragonés, y arqueadas las cejas, le sonrió:

—Guarda para ti el secreto que voy a revelarte. Acerca tus sucias

orejas. Así... Cuando estoy varios días sin olerte, guapetón, el aire que me rodea carece de aroma. ¿Te lo pongo más claro? —y rió con carcajada alegre—. El “Aquilón” y tú sois madera y carne de mis carnes. ¿Te ha gustado la frase? Es lo menos que podía hacer para corresponder a tu amable elocuencia al expresarme tu miedo por mis ausencias. ¡Puaff! Me voy, maldito seas. Cuando sonríes con esa mueca de tierna satisfacción, me quitas el apetito. Hasta pronto.

Hacía ya rato que la lancha que llevaba al Pirata Negro y Diego Lucientes se había perdido en el horizonte, cuando aun seguía “Cien Chirlos” con la expresión del hombre sumido en éxtasis. Elevaba la mirada a lo alto, mirando las velas arrolladas, y el extremo de los mástiles, como si viera en sus inmóviles contornos imágenes de deliciosa contemplación.

Así lo sorprendió “Piernas Largas” que, estupefacto, musitó:

—¿Estás enfermo, pollino?

Bruscamente devuelto a la tierra, “Cien Chirlos” sacudió la cabeza, para cerciorarse de que no había suficiente luz a su alrededor. Por lo tanto, el empañamiento de sus ojos no era perceptible para el andaluz.

—Habrá que reparar la torreta de cofa, chiclanero. Tiene astillada la cabeza del remate.

—¡Voto a Lucifer! Habría jurado que mirabas a la torreta como el muchachuelo que acude a ojear el balcón de su amada. Tenías ángeles en el hocico, carota. Yo tengo pupila.. y mastico los ambientes. Lo que creí enfermedad, era felicidad. Pocas veces te vi con esa expresión. Era como cuando con mi “tocanta” toco yo música de la fina, y los rostros se distienden, y los más sanguinarios brutos se sienten niños...

—Cierra el pico, espantapájaros. Hablas siempre sandeces.

Pero al oír el tono de “Cien Chirlos”, aun bajo los efectos del gozo infinito que la despedida del Pirata Negro le había producido, “Piernas Largas” rascóse la pelambrera.

—Ha habido un milagro. Estás casi amable...

—“Él” ha ido a tierra. Volverá pronto. Menos charla, y al trabajo. Que cuando, “él” vuelva, su “Aquilón” esté bruñido como onza de oro.

—¿Dónde fué?

—A un sitio muy tranquilo, para acompañar al señor Lucientes.

Un sitio donde todo es aburrimiento…, digo, todo es paz y “sonsiesgo”: el castillo de “Sibiri”.

CAPÍTULO II

Legay, “**El Nantés**”

Llamaba la atención de los ciudadanos de Angulema que transitaban por las calles de la población, la silla de manos que dos hercúleos individuos transportaban en forma poco corriente.

En vez de conducirla a la usanza de los lacayos, o sea al extremo de sus brazos caídos y pegados al cuerpo, tanto el que iba delante como el que andaba a retaguardia del suntuoso vehículo, acomodaban las dos lanza sobre sus hombros, elevando la silla a altura mayor que la habitual.

Andaban acompasadamente, con solemnidad, con majestuoso porte. Causaban la impresión de que conducían, no a un mortal vulgar, sino a un ídolo o a una exótica belleza.

Vestían un extraño atavío, compuesto de bota alta con vuelo a medio muslo, calzas ceñidas de tela amarilla, ancha faja roja y camisola amplia blanca. Un corto tahalí les pendía del hombro izquierdo, conteniendo un ancho puñal machete.

Igual era la indumentaria del hombre que tres pasos atrás de la silla de manos llevaba reverentemente en amplio cojín de satén rojo, una capa doblada, un chambergo de plumas azules y un cinto tahalí con guarniciones de oro y espada de guarda en cruz rutilante de perlas.

La silla de manos no tenía las cortinas echadas, sino que sus dos ventanillas estaban abiertas, permitiendo ver a su ocupante.

Un hombre vestido enteramente de tafetán azul festoneado por encajes de plata en el coleto y en las mangas. Un hombre de cabellos blancos alzados airosamente en rizos naturales. Resaltaban tanto más los blancos cabellos, cuanto que el rostro era juvenil. Un rostro anguloso, levemente demacrado, de pómulos salientes. En el

lóbulo derecho la oreja mostraba una enorme gota de sangre: un grueso rubí.

Procedente del camino que unía Nantes con Angulema, la silla de manos no había aún recorrido la mitad de la ciudad, cuando ya un rumor corría de boca en boca:

“Es Legay, el nantés.”

¿Quién en toda Francia no había oído hablar del famoso corsario que a la temprana edad de treinta años era el primer corsario que había osado disputar el dominio del mar Indico a ingleses y portugueses?

Por la misma razón de que la leyenda le había aureolado de una justa fama, los honestos mercaderes de Angulema se desgañitaron ordenando a sus hijas que se retirasen de los balcones, y para más seguridad ellos mismos corrieron los cerrojos de las contraventanas.

Los maridos que paseaban con lindas esposas, apresuraron el paso y se encerraron velozmente en sus hogares.

El duro perfil de halcón de Legay, “el Nantés”, mostraba una perfecta impasibilidad, mientras ojeaba a la muchedumbre con ojos indiferentes. Sólo de vez en cuando se animaba el metálico gris de sus pupilas.

Esto sucedía cuando alguna joven atractiva, obediente a la voz de su padre, esposo o hermano, mantenía baja la cabeza, gesto que no bastaba para quitarle el encanto que pudiera poseer. Pero de nuevo la indiferencia tornaba a adueñarse de los rasgos faciales del nantés. Y la silla de manos seguía su camino.

Las largas manos del corsario juguetearon unos instantes con una cajita de oro con incrustaciones de rubíes, que extrajo del bolsillo de su chaleco.

Abrió la tapa y, delicadamente, introdujo el rapé en sus fosas nasales. Estornudó complacido, y sus dedos enjoyados sacudieron los encajes de plata del coleto, en medio del revuelo de los mismos encajes que festoneaban el extremo de sus mangas.

—¡Tallejac!

El hombre que portaba el cojín a modo de bandeja, avanzó hasta colocarse junto a la ventanilla donde estaba acodado el jefe corsario.

Su cabeza rozaba el codo revestido de tafetán azul.

—¿Conoces el padrenuestro? —preguntó Legay.

Su voz era hiriente, aguda, de timbre tan metálico como el color de sus grises ojos.

—Lo rezo diariamente, capitán —replicó bruscamente el interpelado.

—Espero que no lo reces hoy por última vez, mi bueno y querido Tallejac. Te aprecio, ¿sabes?

—Y yo a vos, capitán-pronunció con idéntica brusquedad el llamado Tallejac, un fornido coloso de negros cabellos largos y enjuto rostro saturnino.

Antoine Legay era reputado como hombre de una jovialidad peligrosa. Decían sus detractores que reía como una hiena. Sus apologistas pretendían que reía duramente, pero con contagiosa hilaridad.

Ahora reía jovialmente, levemente sonrosados los pómulos, mientras por la ventana tendía su caja de rapé.

—¿Un estornudo para aclararte el cerebro, Tallejac?

—No lo quiero, capitán. Siempre tengo el cerebro claro.

Las respuestas poco cordiales del subordinado parecían no causar mella en el corsario. Seguía riendo, mientras miraba el cojín donde reposaban su capa, su cinto y su chambergo.

—Empequeñece tu talla-y la mano enjoyada del nantés señaló las prendas que llevaba entre sus manos el llamado Tallejac.

—No eleva la vuestra, capitán, el ir en silla de manos. Cada uno de nosotros tiene la talla que le pertenece.

—Eres mi segundo porque así lo quise, ¿sabes, Tallejac? ¿Y sabes por qué te elegí?

—Sí, capitán.

—Atrévete a decirlo.

—Ni al diablo ni al propio Legay le temo yo, capitán. Respondo por Tallejac porque así vos lo dispusisteis...

—Era el nombre del último de mis lugartenientes. El pobre murió, ¿sabes? Le corté el cuello una noche en que me perdió el respeto.

Los ojos del lugarteniente tenían estrías sanguinolentas, indicio de su carácter violento, de turbulentas pasiones. Miró rectamente el demacrado rostro de palidez arcillosa en la que el sol parecía no poder hacer presa.

—Pero mi verdadero nombre es Lope, y por mi familia soy

Holgado. Nací español.

—Te aprecio, ¿sabes? Dime ya por qué crees tú que te elegí por lugarteniente, de regreso de nuestro último viaje a las Indias Orientales.

—Porque a veces os hastía ver que todos os temen, capitán. Todos se inclinan ante vos, y como yo, aunque os respeto, no soy servilmente obsequioso ni os temo, por eso me habéis elegido.

—Tienes razón. Pero no abuses, ¿sabes? Con el mismo machete que cuelga de tu hombro, te quitaré la palabra el día que se me antoje. ¿No te das cuenta que entre tus manos llevas mi ropa? Es costumbre de los lacayos orientales.

—Yo soy vuestro segundo, y estoy en acto de servicio, capitán.

—Tienes razón. Ya que eres tan perspicaz, ¿sabes por qué te pregunté si conocías el padrenuestro? ¿No? Pues entérate, Tallejac. Cuando la morriña de a bordo hizo nacer en mí el propósito de casarme, y perpetuar la riqueza y el nombre de los Legay, te encomendé una misión muy delicada. Aun no estoy cierto de que te dieras cuenta de toda la importancia de tu cometido, ¿sabes?

El coloso, que rozaba los dos metros de estatura, seguía andando calmosamente al lado de la silla de manos. Atravesaban ya la última calle de Angulema, saliendo al exterior de la urbe.

—Me di perfecta cuenta, capitán. Deseabais esposa rica, huérfana, a ser posible con título, preferentemente con tierras vinculadas a aquél, y que residiera por las cercanías del río Loira. Vuestro capricho llegó a más. Queríais que yo determinase bien a las claras la diferencia entre la belleza huera, y la feminidad encantadora. Me disteis dos semanas de plazo, y he cumplido. Dos damas que ennoblecerán vuestra carrera corsaria. Dos damas, capitán, que presentaréis con orgullo en la corte de París.

—Una tan sólo-rectificó Legay sonriente —. Fié en tu gusto, Tallejac, porque tienes más años y experiencia. Me documenté y supe que antaño, tu nombre español brilló como sinónimo de hombre casquivano, a quien todas se rendían. Y no eres atractivo, Tallejac. Hay bestialidad en tus líneas faciales, ¿sabes? Si ninguna de las dos que destinas al alto honor de compartir mi tálamo nupcial, me complace, ¿sabes lo que ocurrirá, Tallejac?

—Rezaré mi último padrenuestro, capitán.

—¿No intentarás pelear?

—No, capitán. Considerando que vuestra caprichosa orden, lo es sin embargo de capitán a subordinado, la he acatado. Si mal la he cumplido, justo es que me déis muerte.

—Descríbemelas, mi buen y querido Tallejac.

—Son como deseáis, capitán. No son bellezas llamativas.

—Tengo hartazgo de provocativas cortesanas, ¿sabes?

—Una es de negros cabellos y rostro puro de madona italiana. Aun sin verla, causa turbación oír su risa y su voz, una voz adorable que tiene trémolos de alegría, y arrullos de paloma.

La carcajada de Legay, hiriente y aguda como su forma de hablar, resonó largamente.

Su lugarteniente, crispó las mandíbulas, pero siguió andando, envarado, haciendo chocar marcialmente los tacones de sus altas botas contra el suelo.

Otro hombre cualquiera habría parecido ridículo, portando entre las manos el almohadón y las prendas. En Lope Holgado-Tallejac, por la prestancia de su andar y por su elevada talla, no restaba un ápice a su varonil figura el hecho de ser aparentemente el lacayo del hombre sentado cómodamente en la silla de manos.

—¿Esta madona de voz fascinadora es rica, con título y castillo?

—Si, capitán. Es marquesa, huérfana y reside en las márgenes del Loira, hacia donde ahora nos dirigimos.

—¿La otra?

—Es casi una niña. Emana de ella una bondad y una ternura que conmoverían el alma más endurecida.

—¿Conmoverán la mía?

—Fama tenéis de implacable y sanguinario, capitán.

—¿Miente la fama?

—No, capitán. Es vuestro legítimo orgullo ver que los medrosos se persignan a vuestro paso. Os enorgullece que os apoden “el diablo blanco”, porque así os llaman los pobres indígenas de las Indias Orientales. Pero la bondad de una esposa quizá haga el milagro de convertiros en un hombre sin maldad, capitán.

—Me inspiras compasión, Tallejac. Hay en ti una ingenuidad de infundadas esperanzas. Sigue describiéndome a esa dama tan enternecedora.

—Es viuda.

—No obsta. Hasta de los muertos triunfo yo.

—Es española.

—Una cualidad que me agrada.

—Reside en el castillo de Civry.

La diestra de Legay asomó, y negligentemente rozó la mejilla curtida de su lugarteniente en ominoso bofetón de desprecio.

—Capitán... —susurró el propio Legay—. No lo olvides, mi buen y querido Tallejac. Has pronunciado tres frases seguidas sin darme el tratamiento que me pertenece por méritos y superior categoría.

—Tiene una hija, capitán.

—No obsta. Si me caso con la madre tú mismo te llevarás a la hija lejos de Francia. No quiero más que sangre de mi sangre. ¿Cómo se llama la marquesa?

—Mireille, capitán.

—¿La viuda?

—Rosa, capitán.

—¿Son amigas?

—No, capitán. Aunque sus castillos disten apenas tres leguas, no se conocen, porque desde que llegó a tierra francesa, la viuda española no sale ni recibe visitas.

—¿Paloma recluída que llora a su difunto?

—Eso parece, capitán.

—Un aliciente más. ¿Me crees un perturbado, mi bueno y querido Tallejac?

—Lo sois, capitán. Pero es por natural perversidad. Gozáis haciendo daño.

—Tienes razón. ¿Cuál es el primero de los castillos al cual llegaremos?

—El de Civry, capitán.

—Vete. No te necesito ahora. Déjame meditar.

—A vuestras órdenes, capitán.

La silla de manos continuó avanzando por la carretera que de Angulema conducía a la aldea de Civry.

CAPÍTULO III

El entrometido

Mireille de Ferjus, marquesa, de Corbigny, tenía por costumbre practicar la equitación, no por el ejercicio que ello suponía, sino para ensimismarse en la soledad que le proporcionaban los frondosos y bellos alrededores del castillo de Corbigny.

Quedó huérfana a los dieciocho y bajo la cariñosa tutela de su viejo preceptor, el tiempo fué mitigando su dolor, y se impuso la natural y espontánea alegría de su alma pura.

Triunfante y reidora, siempre que de vuelta de sus solitarios paseos a caballo oía la sempiterna frase de acogida del anciano preceptor, replicaba:

—¿Esposo, amor? No quiero ambos tormentos, Etienne. ¿Vos no sois solterón y feliz de serlo?

—Tú eres rosa que debe sazonarse sombreada por robusto árbol, Mireille. Lamentarás algún día, cuando ya sea tarde, tu terquedad en no querer ir a la corte. La marquesa de Corbigny tiene la obligación de contraer nupcias. Se lo exige el nombre y la tradición.

—Tengo sólo veinte años, Etienne.

—Edad ya más que madura. La mujer debe ser madre entre los quince y los veintidós años. Después corre el riesgo de ser muy vieja cuando sus hijos crezcan y...

—No me ofusquéis, Etienne. ¿Creéis que no pienso en amores? —preguntaba ella ingenuamente—. Muchas noches me desvela la imagen del hombre en quien sueño.

El anciano preceptor sonreía divertido.

—¿Y cómo es tu caballero románico?

—Moreno, apasionado, con muchos más años que yo, atormentado, dionisiaco, con complicadas alteraciones en que de

ferviente trovador pase a ser impetuoso y primitivo…

Reía ella a carcajadas viendo la expresión de pasmo que sus declaraciones producían en el viejo maestro que educó a tres generaciones de Corbigny.

—¡Santo cielo! —exclamaba Etienne Laurent.

Ella fingía hablar en broma, pero en su fondo íntimo había cierta realidad en lo que decía. Detestaba las atildadas figuras perfumadas de los cortesanos que en vida de su padre, acudían al castillo, procedentes de Angulema, Nantes y París.

Después de una semana de lluvia pertinaz, levantóse aquel día de noviembre exhibiendo resplandores soleados, que irisaban de perlas la humedad que iba evaporándose de los setos y la vegetación de los bosques que se extendían a lo largo del Loira.

Hizo Mireille ensillar su dócil caballo, y gentil y airosa en su vestido de amazona, graciosamente inclinado el sombrerito estilo "Catalina de Médicis" cuya punta daba una inocente apariencia mefistofélica a la frente tersa, montó y dió rienda suelta.

Galopó largo trecho por entre ramajes, aspirando los efluvios que se desprendían del césped pisoteado por los cascos. Montaba a lo amazona, sentada de lado en la silla, y la pequeña fusta que entre las manos llevaba no era más que un adorno. "Roublard", el blanco potro, había crecido comiendo azúcar de la mano de Mireille, y sus relinchos, al verla acercarse al establo, eran elocuentes.

Cuando el serpenteante río, quedó al descubierto flanqueando la ruta de Angulema, detuvo el caballo, y desmontando, lo dejó pacer libremente, vagando ella como solía.

No muy lejos se recortaba en el diáfano cielo, la silueta del castillo de Civry. Sentóse Mireille, en el banco natural que formaban unas raíces retorcidas, sobresaliendo de la tierra, junto al final del puente que cruzando el río, unía bosque y carretera.

Dejó volar su imaginación. Pensaba como otras muchas veces, que la vida en el castillo de Corbigny era deliciosa, sin sobresaltos y que el cariño de Etienne Laurent la colmaba.

Pero… le faltaba algo. No lo podía precisar con claridad, pero tenía bastante relación con los reproches de su preceptor. No quería ir a la corte parisina, pero comprendía que la razón asistía al anciano Laurent, cuando afirmaba que era "rosa que debía sazonarse a la sombra de un árbol".

Miró sonriente hacia lo alto, a la copa del árbol contra el que se reclinaba. Su belleza la había descrito perfectamente Tallejac. Era la clásica figura de una imagen de madona italiana, aunque los ojos verde-azules tenían alegrías exentas de misticismos melancólicos.

Sobresaltóse al oír una hiriente y aguda voz:

—¡Tallejac!

Miró hacia la carretera y vió la silla de manos, los dos portadores, y el coloso que se acercaba a la ventanilla, donde una mano enjoyada entre revuelo de encajes de plata señalaba en dirección al puente.

Sin saber el motivo, sintióse alarmada, cuando la silla se detuvo y de ella descendió un sujeto alto, vestido de tafetán azul bordeado de encajes de plata. Un caballero, a juzgar por la indolencia con que del cojín tendido por el coloso, recogía una capa, un chambergo de pluma azul, y ceñía un cinto con rica espada de guarda en cruz. Pero la vestimenta de los tres acompañantes, con su ancho machete colgando del tahalí del hombro, tenía algo de impresionante e inusitado.

Mireille de Ferjus, aunque sentía latir fuertemente su corazón, no demostró sus sentimientos, cuando comprobó que el coloso, al parecer obedeciendo una imperativa orden, cruzaba el puente. Continuó sentada jugueteando con la fusta que entre sus manos sostenía.

Lope Holgado-Tallejac se detuvo ante ella. Era un rostro sombrío el que adusto, se inclinó en breve reverencia.

—Tolerad que me presente, señora marquesa. Soy Tallejac, lugarteniente del navío “Bellephor” a las órdenes del corsario del Rey, Antoine Legay, “el Nantés”.

Mireille Ferjus hizo un mohín que claramente denotaba su perplejidad.

—Mi capitán desea seros presentado, y en mí ha delegado tal honor, señora marquesa.

—Recibo en el castillo de Corbigny todas las tardes, “monsieur” —replicó sonriente.

—Comprendo, señora marquesa, que estiméis impertinencia mi modo de solicitar audiencia, pero... mi jefe es Legay, “el Nantés”.

—He oído hablar de él, “monsieur”. Decidle que si a vos os perdono porque acatáis órdenes, a él no le tolero que ensoberbecido

por su personalidad, olvide que la costumbre y el decoro exigen otros modales para solicitar…

Se puso ella en pie, interrumpiéndose. Antoine Legay, aplicado el chambergo contra el pecho, acababa de aparecer junto a la pareja.

—Retírate, mi bueno y querido Tallejac. No has mentido al elogiar a la madona marquesita.

El tono autoritario de Legay, desagradó a la amazona, que no obstante no pudo dejar de mirar con curiosidad la apuesta figura del legendario corsario.

—Soy Legay, señora. Precisamente proyectaba dedicar a vuestro castillo la segunda de las visitas que había de hacer hoy, cuando el propicio azar me hizo quedar prendado de la imagen de una amazona, ensimismada en dulces reflexiones al margen del río más encantador de Francia, porque en él se reflejan a diario vuestros encantos.

—Os haré observar, “monsieur” que sois para mí un desconocido, y considero desplazadas vuestras galanterías.

—No acostumbro a prodigarlas.

Los metálicos reflejos grises de las pupilas masculinas ahondaron en el verde-azul de los ojos femeninos.

—¡“Roublard”! —llamó ella.

Dócilmente acudió el caballo, en trotecillo alegre. La diestra de Legay se extendió sin el menor esfuerzo aparente, reteniendo por la rienda al potro.

En la carretera, separados por el río, los tres corsarios del “Bellephor” manteníanse disciplinadamente de espaldas al prado donde se hallaba su jefe. Cumplían la orden que en semejantes ocasiones era de ritual.

Mireille de Ferjus, palideció irritada.

—Soltad el caballo, “monsieur”.

—Me expondría a que os fuerais, mi linda marquesa. Y bueno es que sepáis que tengo por costumbre no admitir desaires…

Alzó ella la fusta, pero arrepintióse en el acto de su impulso. Un temor creciente fué apoderándose de su espíritu.

—No peguéis, mi linda Mireille. Os pesaría.

—Cobarde… —musitó ella—. Frente a una mujer sola, y con vuestros métodos de villano, dais razón a la fama que os pregonan.

Retrocedió ella un paso, porque Legay acercaba su rostro, y la risa amable en el demacrado semblante, era más molesta que cualquier amenaza.

—Voz de paloma arrulladora con trémolos felices. A fe mía que no mataré a Tallejac, porque supo elegir bien. Aun he de hacer otra visita, pero vuestra cándida feminidad me seduce ya…

Los ojos de Mireille de Ferjus se empañaron en repentinas lágrimas de humillación. Era la primera vez en su vida, que se sentía sola, desamparada, y totalmente incapaz de toda reacción.

En los grises e implacables ojos que la devoraban veía también una expresión que la ruborizaba, y el pavor pudo más que ella.

Tambaleándose retrocedió, hasta apoyarse en el marco del puente.

Antoine Legay rió agudamente, satisfecho. El evidente terror de la doncella colmaba su vanidad de “diablo blanco”…

Cesó bruscamente en su risa, cuando, procedentes del bosque, vió aparecer a dos jinetes, cuyas monturas, pisando el césped, no producían el menor ruido.

Uno de ellos quedó apartado, mientras el otro, desmontando, le entregaba las riendas y avanzó a pie.

Era un individuo de rostro atezado, fino bigote y negra cabellera suelta, en la que aparecía alguna estría blanca. Vestía enteramente de negro, aparte el coleto de encajes blancos.

—Perdonad si me inmiscuyo, señora y caballero. Creo que mi compañero y yo nos hemos extraviado. Nos dirigíamos al castillo de…

—¡Bienvenido! —dijo inesperadamente Mireille de Ferjus, avanzando casi corriendo—. Os aguardaba, “monsieur”…

Carlos Lezama, aunque avezado a muchas sorpresas, no pudo reprimir un arqueo de cejas, que pasó desapercibido a Legay, porque aquél tuvo que inclinarse para besar la mano que le tendía la desconocida dama.

—Por favor… —susurró ella rápidamente—. Fingid… —y elevando la vos, añadió con entonación temblorosa—: El castillo de Corbigny está alejado, y no es visible porque el boscaje impide verlo.

Antoine Legay fijó en el Pirata Negro una mirada colérica. Aquel entrometido había elegido un mal momento para acudir. Pero,

creyendo que realmente era esperado por la marquesa de Corbigny, acomodóse a las circunstancias.

Hizo avanzar el caballo que hasta entonces había estado reteniendo, y tendió el estribo.

—¿A qué hora tendré el placer de veros de nuevo, mi linda marquesa?

Mireille de Ferjus montó a caballo, y envalentonada por la presencia del desconocido que tan oportunamente había acudido, replicó:

—Exponedme por carta el motivo de vuestra petición de audiencia, “monsieur”.

Hizo ella ademán de dar vuelta a la cabalgadura, pero Legay continuó reteniendo por el bocado al dócil potro.

—De nuevo habéis olvidado quién soy, mi linda marquesa. Parecéis tener empeño en mortificarme... Vigilad vuestras palabras, porque no tengo por costumbre admitir que se me replique como vos lo hacéis...

Un lento silbido de tenue modulación sorprendió al corsario, que desvió la mirada que dirigía hacia la amazona, para mirar al autor del irónico silbido.

—¿Qué os ocurre, “monsieur”? —Inquirió Legay fruncido el entrecejo.

—Quizá sea un entrometido, como siempre, pero desearía saber qué autoridad poseéis para permitiros la libertad de hablar como lo hacéis a una dama que manifiesta bien claramente su intención de prescindir de vuestra compañía. ¿Es vuestro esposo, hermano o prometido, señora? Y perdonadme la intromisión.

Iba Mireille de Ferjus a replicar revelando la conducta grosera del corsario, cuando su buen natural se lo impidió. No quiso exponer al galante desconocido al peligro de la ira del corsario.

Antoine Legay, asombrado por la actitud del desconocido, quedó sin habla unos instantes.

—Indudablemente sois forastero en Francia, “monsieur” —dijo agudamente Legay. Sus cabellos blancos, el rubí de su oreja, la vestimenta de sus corsarios eran más que suficientes para identificar al “Nantés”—. En consideración a ello, os perdono. Sabed que soy Legay, “el Nantés”.

—Por favor-terció Mireille rápidamente —. Hacedme la merced

de acompañarme, “monsieur”.

Carlos Lezama miró por unos instantes la diestra enjoyada que Legay continuaba manteniendo alrededor del bocado del potro.

—De cuatro a seis os recibiré, “monsieur” Legay-añadió ella precipitadamente.

—Tardía es la hora, pero me acomodaré, mi linda marquesa. Tengo aún otra visita que hacer. Hasta pronto.

Soltó la rienda, y con tiesura alejóse. Condujo Mireille su caballo hasta el lugar donde el pelirrojo jinete aguardaba. Montó Lezama, y en silencio, vieron los tres cómo Legay subía en la silla de manos que, izada por los dos hercúleos corsarios, se puso en marcha, después de que Tallejac recibiera la capa, el chambergo y el tahalí que le entregaba el corsario.

La respiración de Mireille hízose más normal, y volviendo el rostro hacia Lezama, sonrió cohibida.

—Gracias, “monsieur”. Acudisteis felizmente, sin saberlo. Vuestro extravío en la orientación me evitaron quizá un trance enojoso.

—No había extravío, señora. Mi amigo y yo nos dirigíamos al castillo de Civry, a través del bosque. Oí dos voces, y pido excusas si mi oído es excesivamente sensible. Ignorante de si era riña de prometidos, discusión de esposos o reproches fraternos, juzgué sin embargo oportuno entrometerme.

—Era Legay... —musitó ella, aun evidente su temor, mirando hacia la silla de manos que se alejaba.

—¿El llamarse Legay le autorizaba a faltaros el respeto?

También el tono de aquel desconocido causó en Mireille cierto enojo.

—Sabed que si concedí visita al corsario fué para evitar que, ignorante de quién era él, cometieseis el error de retarle-dijo con altivez.

Sonrió Lezama, inclinando la cabeza en saludo rápido:

—Os agradezco infinitamente vuestra protección, señora. Quedo vuestro humildísimo y rendido servidor, que besa vuestros pies.

Mireille de Ferjus quedóse sorprendida al ver que, tanto el atezado entrometido como el pelirrojo silencioso, picaban espuelas, alejándose a todo galope hacia el bosque y en dirección al castillo de Civry.

Se encogió de hombros y sonrió, aquietado el reciente temor.

—Tiene derecho a ser galantemente insolente-murmuró en voz alta —. Al fin y al cabo fué él quien me protegió. Y ni siquiera le he dado las gracias como se merecía.

Pero olvidó a los dos jinetes que el bosque ocultaba ya, para sólo pensar en Legay, el hombre que quería visitarla aquella tarde... Y de nada le servían los lacayos ni el viejo preceptor. Aunque llamase a los mosqueteros de guarnición en Angulema... Realmente, ¿qué acusación podía lanzar contra el corsario? ¿Su mirada hambrienta y ofensiva?

Sintiendo que pese al sol una densa nube se cernía sobre Corbigny, puso al trote su caballo.



Cuando el castillo de Civry iba agigantándose en el horizonte, Carlos Lezama refrenó su caballo.

—¿Leíste el Quijote, no es cierto, estudiante?

—Con gran fruición, señor. Pero su lectura a ti no te sirvió de experiencia. Recuerdo el lance de la esposa que, apaleada por su marido, cogió el mismo palo bajo el que chillaba, para asestar sendos varazos a don Alonso que intervino de mediador.

—Algo parecido acaba de ocurrirme, aunque la marquesa tuvo la gentileza de mentir para ahorrarme un descalabro. ¿Qué se te antoja el llamado Legay?

—Un soberbio ejemplar de bandido... Pero estoy nervioso, señor. No puedo pensar en lo que acaba de suceder. Legay y la hermosa ya no existen para mí... Sólo hay un castillo donde lloran un difunto que ahora te está hablando casi con tartamudeos...

—Si no confías en mis dotes de entrometido, doy grupas a tu castillo y vuelvo al mar. Serena el temple, y medita que te hubieses ahorrado ese paso si tu ingeniosa mixtificación no te hubiera parecido tal, sino lo que era: una tonta bellaquería.

—El móvil fué que quise evitarles nuevas penas. Las dos me creían muerto, pues bien...

—Tus razones podrán convencer a Rosa, porque desgraciadamente ella te ama, y es mujer. Y tuviste la lealtad de advertirle que eras un insensato. Ella te aceptó tal como eras. Pero ahora atiéndeme, don Diego: Me conoces y sabes que no juro en vano. Yo volveré al Caribe, que tal es mi sino. Pero de la misma

tumba saldría si supiera que tú, el que va a ser de ahora en adelante un marido perfecto y un padre como es su obligación, vuelves a las andadas y abandonas el hogar. Y no digo más.

Instantes después descabalgaban al otro lado de los tupidos setos que enmarcaban el jardín del castillo de Civry.

—¿Te... te aguardo... aquí...? —balbuceó Lucientes.

—Naturalmente. Vendrás cuando yo te llame o tu propia hija venga en tu busca.

Con expectante anhelo, quedó Diego Lucientes al acecho tras uno de los arboles del boscoso jardín, contemplando cómo Carlos Lezama dirigíase hacia la escalinata central.



Con expectante anhelo...

* * *

Rosa Hoyos efectuaba una complicada labor de encajes. Lo hacía

con lentitud, para que Gabrielle Lucientes de Civry pudiera apreciar bien el trabajo.

Cuando sonaron las once en el gran reloj del salón, abandonó Rosa el tambor donde se tensaba el lienzo delicado, y Gaby respiró, exhalando la contenida atención con la que quería demostrar que había decidido ser buena y obedecer en todo a la que, según el médico, no podía recibir fuertes impresiones que podían poner en peligro su minada constitución, debilitada por la pena...

—Ahora me toca la lección de clavicordio-dijo la pequeña.

Rosa Hoyos, melancólico el rostro, abrazó a la criatura, que estaba arrodillada junto a ella en el diván.

—Sé que el clavicordio es un suplicio para ti, Gaby.

—Lo es. Lo detesto. Me... horripila, pero como a ti te gusta, pues yo lo toco, ¡repámpanos!

Rosa Hoyos abrazó aún más estrechamente a la que por sus cabellos rubiorojizos, la ancha boca y las verbales licencias tanto le recordaba a Diego Lucientes.

—No debes decir esas palabras, Gaby.

—Mi padre las decía.

—Pero... lo que en boca de caballeros no está mal, es impropio en labios de mujer.

—Tengo siete años y me aprovecho. Que cuando sea mayor ya no podré decir “¡repámpanos!” ni otras palabras de esas que saben a gloria, porque son como globitos de espuma de jabón al estallar...

No quiso llorar delante de la niña. La separó, dominando la tristeza que le producía la evocación del que creía muerto.

—Anda. Vete al jardín a jugar. Te perdono la clase de clavicordio.

Saltó ella al suelo alegremente.

—¿De veras, de veras? ¿No hay trampa ni jugarreta?

—Iré a reunirme contigo.

Salió ella corriendo aceleradamente. Atravesó dos salones y un vestíbulo, y de pronto, al llegar al gran rellano inferior que conducía a la terraza, se detuvo boquiabierta.

Era una menuda figurilla de muñeca, la que, vestida con sayas blancas, corpiño azul y trenzadas las guedejas de los cabellos algo desgreñados por la carrera, cubrióse la boca con las dos manos, mirando al que también se detuvo al verla.

Carlos Lezama sintió que una brusca emoción le atenazaba el pecho. La visión de Gabrielle, rememoraba los juegos infantiles que presenció, y en los que su hijo Carlos demostraba a veces cierta brutalidad reñida con la más elemental de las galanterías.

Avanzó en dos saltos y alzó en brazos a la pequeña, besándola torpemente en ambas mejillas.

—Gaby... Niña bonita... —susurró a su oído—. ¿No me conoces ya?

—Tengo miedo... —musitó ella, estrechamente enlazados sus tibios brazos desnudos alrededor del cuello bronceado.

—¿De mí? —sonrió extrañado el Pirata Negro.

—¡Oh! —protestó ella escandalizada. Y para demostrar que no era él quien le causaba miedo, dedicóse a besarle con frenesí, sin reparar en la humedad de sus besos—. Te quiero... te quiero... —decía entrecortadamente.— Porque.. siempre fuiste bueno para mí, para todos...

—Tate... —murmuró el Pirata Negro, rabioso consigo mismo al sentir en su garganta una contracción molesta. Las pueriles caricias de la mocosa le embargaban el ánimo. Y para desvanecer el sentimental peligro, fingió un ceño adusto—: Aclarad, señora mía. Habéis dicho que tenéis miedo.

Ella, en brazos de Lezama, señaló un rincón del rellano, colocando un índice misterioso encima de sus labios.

—Tras aquella puerta, juego yo al escondite y le doy a mamá Rosa cada susto, que, ¡repámpanos!, son de órdago la grande... Vamos allí, señor Lezama.

—Vamos allá. Pero tendré que reprocharle a mamá Rosa que no cuida mucho tu léxico.

Empujó la puerta, y en el cuartucho-desván, ella se acomodó entre los robustos brazos que la sostenían. Colocó sus manecitas en los anchos hombros, separando el rostro del de Lezama.

—¿Léxico? ¿Qué es eso, señor Lezama?

—Olvídalo. No has replicado aún a mi pregunta.

—Ah, bueno. Verás. Un día, mamá Rosa lloraba mucho, y decía que nunca tú le perdonarías... porque ella tuvo la culpa de que... bueno...

Inesperadamente torció ella la boca en ancha mueca...

—No llores, muñeca. ¡No lo hagas! Sería vergonzoso en una

muchacha valiente como tú.

—Es que... —sorbió ella sus primeras lágrimas— ...cuando recuerdo a Carlos...

—Enterrado está en mi corazón, Gaby. Y no le lloro, porque desde lo alto, él nos ve ¿Qué dirá si no ve lucir sonrisas en tus ojazos? Continúa. ¿Qué decía mamá Rosa?

—Que tú no le perdonarías la muerte de Carlos.

—En nada tuvo ella culpa. Mi hijo era un mozo valiente, que quiso salir en un barquichuelo a darme alcance. Un día u otro yo iré a reunirme con él, y te esperaremos. Verás la de juegos que organizaremos.

—¡Olé que bien! —dijo ella palmoteando—. Y también mi padre inventará unos muy buenos. Sabía muchos. Mamá Rosa dice que se fué a esperarnos allá arriba-y muy seriamente apuntó con el índice hacia el techo —. Estará con Carlos, aguardándonos.

Tosió el Pirata Negro, aclarándose la garganta.

—Escucha, mocita. ¿Te gustaría que tu padre volviera a verte?

—A ti te lo diré-dijo ella confidencialmente —. A mamá Rosa no se lo digo, para no darle más tristezas. Los médicos y el notario me riñeron porque yo al principio no quería comer... ¡Quería que papá viniera! Me dijeron que mamá Rosa está muy enferma y las impresiones la pueden enviar al cielo. ¡Y yo no quiero! Ella tiene que quedarse conmigo, aquí en la tierra. Pero hay noches en que lloro mucho, quedo y callandito, para que mamá Rosa no me oiga. A ti te lo digo, porque eres un hombre... Pero me da mucha rabia ¡ea!, que papá se fuera sin llevarme consigo.

—Vaya, vaya, con la mocita-sonrió el Pirata Negro conmovido —. ¿Lees cuentos de hadas?

—Sí. Unos muy bonitos-y con la facilidad infantil para pasar de un tema a otro, añadió abiertos los ojos: —Hay uno muy hermoso, en que una hada toca con una varita de luces en la frente, y ¡zas, pumba!, lo que deseas tienes. Yo alguna noche la he llamado. No ha venido.

—¿Qué le querías pedir?

—Que mi padre pidiera permiso y viniese a vernos.

—Oye, Gaby. ¿Te parezco yo una hada?

Ella le miró críticamente, cerrando un ojo.

—No, ¡repámpanos! Pero una vez me dijo Carlos que tú

conseguías cuanto te proponías y que para eso eras su padre. Algo, pues, tienes de hada.

—Tú sabes que tu padre era mi mejor amigo. Me hacía mucho caso. Yo creo que si se lo pidiera, él se daría cuenta que su sitio está aquí junto a ti y mamá Rosa.

Unió ella las dos manecitas, y bisbiseó como en plegaria:

—Si lo consigues, señor Lezama, todas las noches, al acostarme, pediré al hada que consiga que Carlos venga a tu lado.

—Gracias, Gaby. Cuando unos labios de niña piden milagros, hasta el hombre más escéptico cree en ellos. Pero volvamos a lo nuestro. Es preciso tener en cuenta que mamá Rosa no debe llevarse una impresión que la perjudique. Vas a ir ahora donde ella está, y le dirás que yo, suplico que me reciba. Puedes decirle, a tu modo, lo que yo te he explicado acerca de que no la quiero ver triste, porque en nada la juzgo responsable de lo que le sucedió a Carlos. A ver, señora mía. Mostradme cómo haréis.

Descendió ella de los brazos, y en jarras, hizo una reverencia.

—Voy y le digo: "Mamá Rosa... ¿te gustaría ver al señor Lezama?" Sin aguardar a que me conteste le diré también: "Podría venir, y yo sé que está muy enfadado contigo porque lloras. Dice que Carlos era un valiente, que se fué en un barquichuelo, y que ni tú ni yo ni nadie podría habérselo impedido".

—Magnífico, Gaby. Anda, que aquí aguardo.

Salió corriendo la niña, y el Pirata Negro rezongó:

—¿A que tienes alma de padrazo? ¡Maldito estudiante! Me entremete en sentimentalismos que... ¡son la razón de vivir!

Salió del cuartucho, y poco después, al oír los repiqueteos de unos tacones femeninos, avanzó al encuentro de Rosa Hoyos, que, transfigurada por la emoción, pareció a punto de caer...

La retuvo entre sus brazos, y bruscamente, apoyó sus labios en ambas mejillas de la esposa de Diego Lucientes.

—¿Me habéis, pues, perdonado, señor Lezama?

—Tate, mi querida Rosa. Mi nombre es Carlos, como el de mi hijo, que halló en vos la mejor de las madres. No me gusta vuestro semblante, linda palmeña. Le faltan colores de alegría.

—No quise que la niña viniera —dijo ella, enlazando su brazo al del Pirata Negro—. ¿Sabéis que... Diego murió?

—No tenía la menor idea.

—¿No? Fué... ahorcado en Sevilla, hace dos meses.

—No lo creo.

—¿Cómo... cómo decís? Nunca habláis en balde, Carlos. ¿Cómo podéis poner en duda lo que os afirmo?

—Hace dos meses estaba yo en Sevilla-mintió el Pirata Negro, hallando con ello un motivo de fácil “embajada” para el que aguardaba anhelante en el jardín.

Apoyóse ella con todas sus fuerzas en el brazo masculino.

—Un hombre al que yo encomendé el vigilar a Diego, vino a decirme que con sus propios ojos había visto colgar... colgar en el vacío a mi pobre Diego.

—Veamos, veamos, Rosa. Dicen que no podéis sufrir las emociones —y apresuradamente añadió:— No debéis pues, hablar de eso si os duele.

—¡Vos decís que estuvisteis en Sevilla!

—Estuve. Y vi colgar a Diego... Pero también vi cortar su cuerda, y ¡mal rayo me parta! ¡Hay emociones que resucitan! Diego Lucientes está en camino! ¡Viene aquí!

Rosa Hoyos rió primero lentamente, después con acelerado ritmo. Por fin quedó inerte, desmadejada entre los brazos del Pirata Negro.

—Eso es... —masculló irritado Lezama—. Lo que me temía.

Alzó lentamente los párpados Rosa Hoyos. Sus mejillas estaban sonrosadas y su seno alzábase a compás de una ansiosa respiración.

—Besadme, Carlos. Vos sois el hada que mi hija todas las noches invoca. ¿Dónde... dónde está Diego? ¿Por qué no vino antes? ¿Por qué me tuvo así? ¿Por qué...?

—Chitón, palmeña-y con los labios contra su mejilla, el Pirata Negro bisbiseó: —Dadle regañina. No seáis merengue... En fin, como siempre, soy un entremetido imbécil. Me apuesto la espada contra un alfiler a que cuando le veáis, diréis: “Diego, ¿por qué me hiciste sufrir tanto?” Caeréis en sus brazos, y cuando él suelte un— “¡Repámpanos!”, se os antojará que oís la palabra más bonita del bello idioma español...

—Así será-recitó ella fervientemente.

—¿Permitís que silbe como protesta contra la blandura que demostráis?

Asintió ella anhelante. El estridente silbido hizo que Rosa Hoyos

fijara hacia la escalinata una mirada extática, casi incrédula.

Oyéronse unos pasos precipitados, un correr alocado, y cuando en el umbral apareció Diego Lucientes, Rosa Hoyos, petrificada, tendió los brazos. También el madrileño, clavado en el suelo, tendió los suyos... Por espacio de segundos, así permanecieron los dos.

Cuando los vió fundidos en estrecho abrazo, el Pirata Negro abandonó el vestíbulo. Sabía que durante horas, para la pareja nada existiría en el mundo más que ellos mismos.

Descendió las escaleras dispuesto a pasear por el jardín durante varias horas hasta que llegase la llamada para el almuerzo.

En el interior del castillo había una mujer feliz, que pronto sanaría. Una niña que tendría de nuevo a su compañero de juegos. Un hombre que comprendería que en el hogar estaba la verdad...

—Carlos... —musitó cerrados los párpados-Voy al Caribe, porque allá me será dado el reunirme pronto contigo.

Sacudió la cabeza, para apartar lo que consideraba manifestación de desplazado sentimentalismo.

—Bien, buen mozo-sonrió —. Perdona. Quiero ser como quieres. Quiero ser como tú habrías sido. Un desenfadado y alegre pirata.

Olvidó sus melancólicas evocaciones al hijo que creía muerto, porque ante él un individuo acababa de detenerse.

—¿De nuevo vos? Me estáis pareciendo un entremetido.

La voz aguda e hiriente de Legay acabó de despejar las brumas de melancolía del Pirata Negro.

—Tate... Apártate le dijo la sartén al cazo. ¿Qué diablos hacéis aquí?

—¡“Sacrebleu”! —rugió el nantés—. Apartaos de mi camino, forastero. Voy a visitar a la castellana de Civry.

—Narices... —dijo suavemente el Pirata Negro.

—¿Qué... qué oigo?

—Os lo pondré más claro. Vos seréis quien seréis, pero vais a dar media vuelta y encajonaros en la silla de manos, porque nada se os ha perdido en este castillo. Y por si os parece poco claro mi lenguaje, añadiré que yo, Carlos Lezama, os prohíbo el paso.

CAPÍTULO IV

Un aplazamiento provisional

Antoine Legay había vivido una existencia pródiga en incidentes de toda clase, y una de las características de su vida pasada, fué la continua promiscuidad con aventureros de toda laya.

Grumete a los dieciséis años, soportando brutalidades y vejaciones, cambiando de collar y dueño al compás de los avatares de ruinas o naufragios; marino de maniobra y abordaje; contramaestre, y, por último, capitán en corso del “Bellephox”, a los veintisiete años, era extenso el campo de experiencias de que disfrutaba.

Piratas y bucaneros habían sido sus continuos enemigos y aun en las situaciones más anómalas, siempre el nantés había tenido la suerte o el acierto de convertir las anormalidades en sucesos beneficiosos a su favor.

Pero lo que perennemente alentaba su espíritu era un imperdonable odio hacia quien le infería la ofensa de valorarle por debajo de la suprema categoría que él mismo se atribuía.

Al igual que tenía el convencimiento de que Tallejac moriría a sus manos, sin que por ello menospreciara en lo que valía la rudeza inteligente del español, ahora al oír las tranquilas frases del desconocido que por segunda vez se interponía en su camino, Antoine Legay adquirió una certidumbre. Aquel sujeto era un hombre acostumbrado a mandar e imponer su voluntad: lo percibía en su entonación.

E innegablemente era un osado bravucón, puesto que a una distancia de una decena de pasos, tres hombres robustos, formaban a modo de retaguardia al que ya por sí solo era reputado un acero invencible.

Flaco y enjuto, tenía Legay la fibrosa constitución ágil del hombre de mar endurecido, primeramente por el maltrato, y después por la permanente disciplina que a sí mismo se imponía.

Su cutis arcilloso, hízose más lívido, mientras meditativo se acariciaba el lóbulo donde quedaba incrustado el rubí. En su diestra destellaron las gemas preciosas engarzadas en pesadas monturas de plata.

—Forzosamente ignoráis quién soy, forastero. De lo contrario, vuestra bravuconería insolente estaría muy mitigada.

Trataba de dar a su entonación un timbre apaciguatorio.

El Pirata Negro frunció la nariz en mueca voluntariamente plebeya de burla. Abrió las piernas, y sus puños apoyados en las caderas, en prudente proximidad a la pistola y los dos aceros, aumentaron lo que de retadora tenía su postura.

—Supongamos que seáis vos quien ignora mi personalidad, Legay. Quizá si supierais quién soy, os apartaríais prudentemente de mi camino.

Antoine Legay rió con vibrante mofa. Invocó como testigos a los tres corsarios que, alejados, adoptaban un continente imparcial. Teníán orden de no intervenir nunca en las reyertas que sostuviera su jefe, a menos que éste lo ordenara expresamente.

—¿Habéis oído, mis buenos compañeros?

—No tienen por qué oír lo que destino a vuestras hermosas orejas, Legay.

El nantés se cruzó de brazos. Sus grises ojos metálicos tenían una dureza imponente, pese a la sonrisa que torcía sus delgados labios.

—Me causáis pena, forastero No os dais cuenta de que vuestra vida pende de un hilo muy frágil.

—La vuestra también, Legay. Todos los mortales tenemos la piel sujeta por un sutil filamento.

—Os concedo ciertos honores, condescendiendo a no dejarme llevar de la impulsiva e imperiosa necesidad de que siempre me ha hecho apartar de mi senda a los espadachines bravucones que quisieron demostrarme sus valentonas hombradas. No creo engañarme al suponer que sois hombre de mar, quizá jefe de barco, y os quiero tratar como a un igual.

—¡Oh, no! No me rebajéis, Legay.

—¿Cómo decís?

—Vuestro cirujano de a bordo os debería examinar los tímpanos. He dicho que no me quitéis clase. No admito comparaciones con nadie, ni aun con el propio Legay, que muy famoso debe ser en Francia, pero que en los mares que he surcado desde muy temprana edad, es un perfecto desconocido. Eso es. Sois para mí tan forastero, como yo lo soy para vos.

—Así habláis. Tenéis la suerte de que, por el instante, debo visitar a dos damas, y no puedo molestarme en bajar los humos a quien, como vos, alardea de una insolente bravura que mucho me gustaría poner a prueba a su debido tiempo.

—Hay pruebas definitivas, Legay.

—Pero... ¡"tonerre de mécreant"!... ¿es que no os dais cuenta de la situación?

—¡Matón vos mismo! Que las imprecaciones francesas me son muy conocidas, Legay. La situación está clara. Vos habéis venido no sé a qué, pero dispuesto a entrar en el castillo de Civrv. Y yo os digo que deis media vuelta, y os volváis por donde habéis venido.

Antoine Legay hizo revolotear los encajes de plata de su manga, en dirección hacia los tres corsarios.

—Una orden mía, y cualquiera de aquellos tres hombres, os reducirá a la obediencia.

—Me gustará verlo.

—No mováis la mano que tenéis cerca de la pistola, porque firmaríais vuestra muerte.

—Lo mismo os digo. Los encajes de plata que guarnecen vuestra muñeca derecha, tendrán aplicaciones rojas sí pensáis ganarme en rapidez sacando la pistola.

—¡A fe mía que me vais interesando! Tiempo hay para dejar que a las palabras sucedan los hechos. Os vigilo y me vigiláis: mutuo honor. ¿Queréis decirme por qué maldita razón os inmiscuisteis en mi entrevista con la marquesa de Corbigny y ahora repetís vuestra indiscreta actitud agravándola con improcedentes amenazas, en el instante en que me disponía a visitar a la señora Rosa Hoyos?

El Pirata Negro no perdía de vista la diestra del corsario, y en su posición valoraba la natural defensa que contra un posible lanzamiento de machete le suponía la interposición del propio Legay dándole frente a una distancia de dos pasos.

Estaban al final del jardín, y la copiosa arboleda, en conjunción con los setos formaban un rincón apartado. Lo que los cinco hombres, atentos a acecharse, ignoraban, era que desde el exterior del seto, un hombre agazapado, manoseaba ceñudamente la culata del mosquetón de ancha boca y triple carga, cuyo cañón mantenía rectamente apuntado hacia el grupo, a través del verde parapeto que lo ocultaba.

Robert Charles, el guardabosque de Crivry, conocía a Legay de renombre. Y secretamente enamorado de la castellana de Civry, estaba dispuesto al sacrificio de su vida. Conocedor de la fama licenciosa del corsario, cuyos raptos de mujeres eran la comidilla de la corte, sentía acentuarse la misantropía que le hacía odiar a sus semejantes.

Daba por descontado que, pese al aplomo con que hablaba el forastero, era cuestión de momentos su muerte.

—¿Os disponíais a visitar a la señora Hoyos? ¿Acaso ella os llamó?

—Repito que condesciendo a trataros por igual. Tengo días en que mi cortesía es excesiva.

Aquella declaración no engañaba a Lope Holgado-Tallejac, que escuchaba desde su puesto. Sabía a qué atenerse. Cuanto mayor era la cortesía de Legay, más rencor acumulaba...

La carcajada del Pirata Negro, seca y breve, era prodigiosamente retadora.

—Sobran cortesías, Legay. He tratado a muchos tipos de vuestro jaez. Hogaño corsarios, antaño perdularios. Hombres que, al encumbrarse, aspiran a diferenciarse de lo que fueron, pretendiendo originalidades de relumbrón, tales como vuestros encajes, joyas y demás alharacas. Tampoco pueden engañarme vuestros ojos, hay en ellos furia homicida. Os exaspera ver que un desconocido se atreve a retaros. Y os asombra que estando solo, parezca no saber contar que aquellos tres hombres, son tres.

Ahora fué Legay quien rió.

—¿Vinisteis a Francia en busca de un cómodo suicidio?

—Vine al castillo de Civry para hallar paz y sosiego por unos días.

—Me congratulo de ello. Confío en que esta tarde, a partir de las seis, os podré hallar donde desee. Tengo por costumbre dilucidar los

retos personales, yo mismo. Pero ahora, dejad paso. Quiero visitar a la señora Hoyos.

—¿Para qué?

—No os importa, mi bueno y querido forastero.

—Podéis llamarme Lezama.

—¿Lezama? —y contrajo los párpados Legay, arrugando la frente—. Tiene resonancia para mí esta palabra. ¿No es hierba que crece por alguna parte de las Islas Antillanas?

—Crece en Panamá. En pequeñas cantidades es agradable al paladar. Pero cuando fermenta, empacha. Muchos han reventado de un empache de lezama.

La sonrisa del Pirata Negro era agradablemente sarcástica. Hallábase a gusto en aquel preludio de situaciones muy idénticas a las que viviría en el Caribe.

—Sois irónico, Lezama. Buen adversario. No sois un bravucón común: os concedo este valor.

—Muchas concesiones, Legay.

—En vuestro epitafio haré grabar un manojo de hierbas, demostrando que a mí, a Antoine Legay, "el Nantés", nada le empacha.

—Yo os permitiré que elijáis el epitafio que sea más de vuestro agrado. ¿Os parece bien mentar la vanidosa complacencia con la que os suponéis dueño y señor de vidas y haciendas?

—Quien mucho vale, no tiene por qué ocultarlo. Abreviemos. Pido paso. Esta tarde terminaremos. Es por ahora un aplazamiento provisional. Tengo que visitar a la viuda española.

—No hay tal viuda, Legay.

Fugazmente, en rápido giro de cabeza, miró Legay a Tallejac, distante unos diez pasos. Con la misma velocidad, volvió a mirar las manos del Pirata Negro, inmóviles y cerradas sobre sus caderas.

—No aludáis a mi cirujano y a mis tímpanos, Lezama. Rosa Hoyos es viuda de un español...

—Español que en estos instantes está en el limbo, acompañado de su hija y esposa. Hubo un error. El hombre que suponían muerto, no lo estaba. Vos lo visteis. Era el caballero pelirrojo que, montado a caballo, y discretamente apartado, presenció nuestra primera toma de contacto.

—No obsta-dijo lacónicamente Legay —. Maridos hay que

pueden dejar de serlo, si sus viudas me apetecen. ¿Os choca, mi bueno y querido Lezama?

—A vos os chocará más, mi tunante y divertido Legay. Supongamos, que ya es mucho suponer, que lograseis tumbarme; os quedará un hueso casi tan duro de roer como yo mismo, en la persona de Diego Lucientes, el afortunado y redivivo esposo de Rosa Hoyos.

—Por última vez... ¿Cedéis voluntariamente el paso?

—No.

—Ordenaré a dos de aquellos valientes, que espada en mano os desarmen. No quiero dañaros. Me pertenece por entero el desquite que esta tarde me tomaré de vuestras insolencias.

—Como os plazca, Legay. Pero mientras desarmo a vuestros dos corsarios, no os alarméis si en mi zurda está dispuesta la pistola a replicar prontamente a cualquier triquiñuela que intentéis.

—Me conceptuáis equivocadamente. Las ofensas personales, las vengo con sadismo personal. Me agrada ver agonizar de sudores al hombre que ante mi espada, ve aproximarse una muerte inexorable. Sabréis esta tarde quién es Antoine Legay. ¡Os lo juro! ¡Maur! ¡Gabin! ¡Vuestras espadas!

A la vez que pronunciaba las tres últimas exclamaciones, Antoine Legay sacó su pistola, correspondiendo al mismo gesto del Pirata Negro.

Los dos portadores de la silla de manos, dirigiéronse a las varas de las que colgaban sus armas. Desenvainaron la espada y, marcialmente, como si se dirigieran a un ejercicio de entrenamiento, con el acero desnudo sobre el hombro, fueron a situarse al lado de Legay.

—Reducid a la impotencia a este caballero-dijo secamente Legay.

La pistola en la zurda, dirigida rectamente contra Legay, y la espada en la diestra, Carlos Lezama retrocedió varios pasos hasta que su espalda quedó apoyada contra un tronco de árbol.

Los dos corsarios avanzaron con siniestra decisión. Eran robustos y no pensaban correr riesgos innecesarios. Cargaron espada en alto, separados entre ellos, con la intención de dirigir sus ataque desde los dos flancos.

El molinete raudo con que les recibió el Pirata Negro, no les

alarmó en lo más mínimo. Más bien se les antojó torpe defensa. Uno de ellos, atacó en punterazo de estocada, mientras el otro asestaba un altibajo lateral.

Trabaron contacto los tres aceros en rápida y fulgurante serpentina. Sucediéronse los veloces ataques y contraataques, y, de pronto, uno de los corsarios abatióse de rodillas...

Un brutal puntapié del Pirata Negro acababa de sorprenderle, chocando contra su estómago. Y mientras vanamente pugnaba contra el dolor, intentando recoger la espada que había saltado de sus manos, el otro corsario alzó los dos brazos, retrocediendo...

Su espada cayó unos metros atrás, despedida con violencia por la punta del acero contrincante, que entrando en el ojal de la empuñadura, actuó como palanca y demostró la fortaleza de la muñeca del que ahora, colocando el pie sobre el acero del que de rodillas y gimiendo, intentaba recoger su arma, exclamó jactancioso:

—Os queda aquel coloso, Legay. Mandádmelo.

Dió Legay unos pasos siempre empuñando su pistola que ahora mantenía a la altura de su sien, doblado el brazo.

Su tacón empujó el pecho del hombre arrodillado.

—Volved donde estabais, mis buenos y queridos imbéciles.

Encorvado, arrastrándose, y ayudado por el otro, alejóse el corsario.



Trabaron contacto...

Antoine Legay miró al que ya envainada la espada, le apuntaba también con la pistola.

—Vuestra agonía se prolongará, Lezama. Más os valiera no ser tan hábil en la pelea. Sois como el marino buen nadador que, naufragando lejos de la costa, tarda en morir en la vana pretensión de alcanzarla. Es preferible no saber nadar.

—¿Vos sois el mar?

—Por el instante desisto de visitar a Rosa Hoyos. Iré a almorzar en el castillo de Corbigny. Me invito yo. Sufriréis que mi lugarteniente, aquel coloso, permanezca por estos alrededores.

—¿Con qué finalidad?

—Deseo almorzar tranquilamente, sin la sospecha de que pueda perderos de vista.

—El mismo deseo que tengáis de patearme, lo tengo yo, Legay. Ahorrad a vuestro segundo la labor de espía. Si me lo tropezase, podría no sólo propinarle un puntapié, sino dejarlo fuera de servicio. ¿A qué hora deseáis verme?

—¿No sois amigo de la marquesa de Corbigny? De cuatro a seis os espero en su castillo.

—A las cuatro tendré el placer de ahorrarle a la marquesa la

molestia de vuestra presencia.

—Podéis traer como testigo a vuestro amigo el pelirrojo. Al fin y al cabo, tenéis derecho a ello, ya que yo voy acompañado de tres de mis hombres.

—Vos y vuestros tres corsarios no me obligan a buscar compañía. Me basto solo para dilucidar los lances que yo mismo inicio.

Lentamente, y cogiéndola por el cañón descendió Legay su pistola que volvió a ocultar bajo su casaca.

—Tendré sumo deleite en daros muerte yo mismo, Lezama. Almorzad con sibaritismo. Haceos cargo que es vuestro último almuerzo.

—Que la misma idea no altere vuestro yantar, Legay.

El nantés volvió la espalda, en rápido giro de tacones. Andó casi como un autómata, hasta donde se hallaba su silla de manos, en la que entró violentamente.

Tallejac sustituyó al portador, que, encogido y apoyado el antebrazo izquierdo contra su estómago, siguió tras la silla.

El Pirata Negro, acariciándose el bigote con el meñique, pudo ver que antes de desaparecer por el camino de salida del jardín, el ocupante de la silla de manos, aplicaba contra su frente y labios, un pañuelo de batista amarilla, en repetidos toques impacientes.

Sonriendo, dió media vuelta el Pirata Negro, sin haberse dado cuenta de que el guardabosque, olvidándose del mosquetón que entre manos sostenía, permanecía alelado, ante la brusca revelación de que la viuda Hoyos era de nuevo una mujer casada, y estaba más lejana que nunca del humilde amor de un guardabosque misántropo.

CAPÍTULO V

Nuevas concesiones de Legay

Por el estrecho camino que atravesaba los bosques, la silla de manos dirigíase hacia donde por entre los verdeantes enramados de altos árboles distinguíanse los pizarrosos recuadros de las puntiagudas torres de un castillo.

Tallejac, afianzadas en los hombros las dos lanzas, apoyaba con negligencia sus dos manos en el extremo de las varas de madera. El portador colocado a retaguardia, debía mantener en alto sus brazos, para evitar que su menor talla desnivelase la silla ocupada por el nantés.

Distaba el castillo de Corbigny unos quinientos metros, cuando Antoine Legay, asomando el busto, chilló:

—¡Alto!

Los dos corsarios, detuviéronse, y flexionando las rodillas, dejaron que la silla reposara en el suelo. Salieron de debajo de las lanzas. El tercer corsario, crispado el rostro en mueca de dolor, esforzóse en enderezarse, cuando Legay bajó.

El demacrado rostro de pómulos salientes enmarcados por los altos rizos blancos, ostentaba una sonrisa amable. Antoine Legay tenía su "crisis" jovial...

—No fué muy honrosa vuestra intervención. Tú, Matir, debiste prevenir el puntapié. En cuanto a ti, Gabin, más que la espada, te desarmó el miedo de verte solo frente al español. Es de tu raza, ¿sabes, Tallejac?

—Lo adiviné desde sus primeras palabras, capitán-replicó con su habitual brusquedad Lope Holgado.

—Tienes razón. Sólo un diablo meridional, puede dominar tan maravillosamente el arte de la insolencia. Echaos a descansar,

vosotros dos. Es pronto aun para conceder a la linda marquesita el honor de que me invite a almorzar. Ven conmigo, Tallejac. Caminaremos, intercambiando reflexiones.

El jefe corsario anduvo en silencio hasta internarse en la fronda circundante. Eligió un mullido altozano de césped, donde se sentó. Un dosel tupido de copas de árboles, matizaba el resplandor del sol.

En pie ante su capitán, Lope Holgado, impasible, manteníase en actitud rígida.

—Puedes colocarte en descanso, pero en pie, Tallejac. Tú sabes que te aprecio, ¿verdad que lo sabes? Por eso te estoy concediendo el honor de tomarte por consejero. Fué gracioso, ¿sabes? ¿No te ríes, Tallejac?

—Explicadme la gracia, capitán, y reiré.

—El español Lezama. ¿No tienes barruntos de quién es?

—Hasta ahora sólo sé que solo, os hizo frente, capitán. Y también sé que no descansaréis hasta matarlo.

—Tienes razón. Las verdades duelen, Tallejac. Dijo unas cosas, que me escuecen, ¿sabes?

Reía el semblante de Legay, pero sus ojos despedían destellos malignos.

—¿Las oíste, Tallejac?

—Yo no tengo cirujano a bordo, y mis tímpanos son inmejorables, capitán.

—No me refería a la chanza del español. Yo aprecio a los que saben exponerse al peligro. Aprecio a los hombres valientes. ¡Pero mato sin piedad a los que me ofenden! —Y la voz aguda vibró unos instantes, para de nuevo apaciguarse.— ¿Vendrá Lezama al castillo de Corbigny?

—No lo dudéis, capitán.

—¿Por qué tienes tanta seguridad? ¿Temes que te ordene espiarlo y cortarle el paso si por casualidad pretende huir?

—Me enrolé a vuestro servicio para cumplir cuantas órdenes me dierais, capitán.

—Tienes razón, ¿Y si te ordenara acometer por sorpresa al español Lezama y entregármelo inerme?

—Cumpliría, capitán.

—No será preciso. Supongo que vendrá. Pero cuando me dirija al castillo, tú irás al de Civry. Procura que Lezama no te vea, pero si

al salir se dirigiera a otro lugar que no fuera Corbigny, tú me respondes de que, como sea, volverás al redil al lobo descarriado. Tiene que estar ante mí a las cuatro, voluntaria o forzosamente. ¿Te consideras apto para tal cometido?

—Sí, capitán,

—¿No lo viste luchar?

—Sí, capitán. Le acecharé sin que me vea, cumpliendo vuestra orden, pero os garantizo que vendrá.

—¿Porque es español?

—No es cuestión de razas, sino de hombría. Hay españoles cobardes, como también hay franceses valientes, capitán.

—Tienes razón. Tú navegaste por el Caribe, ¿no es cierto, Tallejac?

—Sí, capitán.

—¿Cuándo?

—En las postrimerías del siglo último, capitán.

—¿En calidad de qué?

—Segundo a bordo del galeón de Su Majestad el Rey de las Españas, cuyo pabellón era la enseña artillera de un regimiento de vigilancia en las Antillas, capitán.

—Ya lo sabía. ¿Caíste muy bajo o ascendiste al servirme de lugarteniente?

—Mi pasado no existe, capitán. Si os sirvo, es porque como hombre de mar os aprecio. Como hombre particular, os detesto.

—No me interesan tus sentimientos particulares, Tallejac. En tus navegaciones por el Caribe, ¿no oíste nunca citar la lezama?

—Era una hierba que resultaba venenosa usada en gran cantidad o muy hervida en jugo que los indios panameños empleaban para desembarazarse de sus enemigos, capitán.

—Esquivas mi pregunta, Tallejac. ¿Temes que te considere delator del pirata Carlos Lezama? Yo también navegué por el Caribe. Sólo tenía diecisiete años por entonces, pero las olas del Caribe hablaron. Llegué a envidiar la fama del Pirata Negro. Supe que se llamaba Lezama y que alardeaba de caballero. Un ladrón caballero, un romántico enamorado, con un corazón noble y generoso, una espada justiciera... ¿Qué más, Tallejac?

—Que alzaba pabellón retador combatiendo los traidores, los delincuentes y los corsarios, capitán.

—¿Qué le habían hecho los corsarios?

—Los galeones españoles no le temían, capitán. No lo decían en alta voz, pero en las calas comentaban que el Pirata Negro luchaba caballerescamente.

—¿Dando puntapiés en los estómagos de los que le atacaban con espada?

—Ley de lucha es desarmar a los que emplean superioridad de número, con toda clase de procedimientos, capitán.

—Tú admiras al pirata español.

—Como os admiro, capitán. Aunque en distinta escala, ambos tenéis identificaciones. Os consideráis invencibles.

—¿Por qué luchaba contra los corsarios? Eso es lo que te pregunté, mi bueno y querido Tallejac.

—Decía que un corsario es un pirata que no tiene el valor de serlo, y que prefiere ampararse bajo las prerrogativas de corso, capitán.

—Tienes razón. A instantes me resultas un enigma, Tallejac.

—Me precio de hablar siempre claro, capitán, dentro de los límites de mi subordinación.

—¿Por qué me sirves, si sabes que fatalmente te he de matar?

—¿Por qué vos habéis retado al Pirata Negro, si sabéis que fatalmente uno de los dos dejará de existir, capitán?

—¡Él!

—O vos, capitán.

—¡Vete, Tallejac! Estoy de humor jovial, y no quiero perderlo.

El misterioso español dió media vuelta, y se distanciaba, cuando, estridente, sonó la voz de Legay:

—¡Dame frente, Tallejac! ¡Así!... ¡Contesta! ¿Cuál es más bonita? ¿La marquesa o Rosa Hoyos?

—Ambas lo son. Dos rosas entre sí no pueden compararse, capitán... Cada una tiene su aroma.

—Gracias, Tallejac. Tienes razón. Y me eres fiel. Tu endiablada terquedad de español podía haber intentado valorar más a la marquesa francesa en intento de salvar de posibles peligros a la española. Quiero ser el jardinero de ambas rosas. Posiblemente por razones patrias haré de la marquesa mi esposa, y de la española mi concubina. ¿Te has enterado, Tallejac? Contéstame.

—¿Como subordinado, capitán?

—Como hombre.

—Entonces... ¡votos hago para que os mate el Pirata Negro!

—Gracias, Tallejac. Eres todo un macho. ¡Lárgate!

Quedóse el nantés a solas. Brillaban sus ojos, y mordióse el labio inferior.

Púsose lentamente en pie.

—¡Maldita raza!... Si fueran más taimados y menos habladores, llegarían muy lejos. En fin, hoy habrá tres españoles menos en el mundo, ¡a fe de Antoine Legay!

Cuando llegó junto a los dos corsarios, que aguardaban adosados a la silla de manos, sonrió con benevolencia.

—No os duela la derrota, mis buenos imbéciles. El que os venció, sólo puede ser vencido por mí. Pero el día que estemos a bordo recibiréis cada uno veinte latigazos, porque dejasteis incumplida una de mis órdenes. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos, en posición de firmes, asintieron con seco cabezazo. La disciplina del "Bellephor" reconocía como base la admiración que todos sus tripulantes sentían por el "diablo de los cabellos blancos".

Media hora después, la silla de manos quedaba a la entrada del castillo. Por la escalinata, Antoine Legay subía majestuosamente.

Un mayordomo, visiblemente alterado, inclinóse profundamente.

—Hola, lacayo. Anuncia a la señora marquesa de Corbigny que Antoine Legay, "el Nantés", solicita audiencia.

Pero tras los pasos del mayordomo iban resonando los chirridos de las altas botas del corsario.

Atravesaron así varios salones, hasta que en el umbral de uno de ellos se detuvo Legay. El mayordomo entró, pero no tuvo que anunciar al visitante.

Mireille de Ferjus, sentada frente a su viejo preceptor, había sido sermoneada por Etienne Laurent.

—"Es corsario del rey, Mireille. No puedes enemistarte con él. No sabes a qué viene. Debes recibirlo amistosamente."

—Pasad, señor-invitó Mireille.

El corsario también había adoptado una decisión. Sabía que cuando se lo proponía era un hombre amable, que podía engañar a temperamentos poco experimentados.

Rió con jovialidad contagiosa, cuyo peligro sólo podían adivinar

los que estaban bajo su mando.

—Mil excusas, mil excusas... —dijo, avanzando, e inclinando su alta talla, besó ceremoniosamente la mano tendida por Mireille de Ferjus—. Me he anticipado, pero vos sois la culpable. Una hermosura tan exquisita puso alas a mis pies. Desobedecí vuestra invitación para las cuatro. La impaciencia me mordía. Si hay rudeza en mis modales, perdonádmelos, mi linda marquesa. Me crié en la dura escuela del mar, y el ambiente de las salas cortesanas no me es placentero.

—Sentaos, señor.

—Llamadme Legay y estaré más a mis anchas-replicó él, sentándose junto a ella.

—Os presento a mi preceptor, Legay. Pertenece a la familia.

Miró Legay al anciano, que le saludó poniéndose en pie. Devolvió el nantés el saludo con un indolente ademán de su mano.

—Considero útil vuestra presencia, mi bueno y querido preceptor. Seréis, sin duda alguna, el mentor de nuestra linda marquesa, ¿no es así?

—Para mí, Etienne es mi segundo padre, Legay-dijo ella. Hablaba calmosamente, pero sentía temblores recónditos.

La discreta luz del salón ponía de relieve la exótica figura del corsario. El rubí, los encajes de plata, sus manos enjoyadas, manos largas y ágiles, el rostro demacrado, pero virilmente atractivo por la dureza de los rasgos, el cabello enteramente blanco..., todo contribuía a darle una apariencia extraña y cautivadora, muy distinta a la de aquellos que solía ver Mireille de Ferjus.

Y en los ojos de un gris metálico brillaba ahora de nuevo la hambrienta mirada que estremecía extrañamente la sensibilidad femenina de la mujer soñadora y sin amoríos.

No sabía analizar lo que ocurría en su ánimo. No comprendía que la aureola de Legay la fascinaba, complementando el morboso atractivo de su exótica apariencia.

Era como un embriagador desvarío, que se reprochaba y daba sonrosados matices a su nacarada piel, mientras procuraba resistir aparentando indiferencia la mirada lasciva del corsario.

—¿No os habéis preguntado el motivo de mi insistencia en visitaros, mi linda marquesa?

—Tengo lejanos parientes en Ultramar, Legay. ¿Algún mensaje

de ellos, quizá?

—No. Reitero excusas por mi rudeza. No andaré con rodeos. Soy hombre en la flor de la edad, bien parecido, afortunado y glorioso.

Rió suavemente, en vibrante carcajada.

—No es vanidad, mi linda marquesa. Reconozco mis cualidades y mis defectos. Mi defecto es que siempre que regreso de las Indias encuentro a faltar una esposa que me aguarde. ¡Oh, oh, mi linda marquesa!. ¿Os alteráis? Tenéis espejos que os han dicho que sois adorable. Las hay, quizá, más llamativas, pero vuestra voz tiene arrullos de paloma y trémolos de alegría. Y vuestro encanto reside en el sutil aroma que desprende la violeta oculta en el bosque. Pero ¿cómo mil rayos os enterrasteis en este castillo? El palacio del Rey era el digno estuche para vuestra delicada fascinación. Tuve que ser yo, Antoine Legay, el que descubriera la violeta. Y que vuestros castos oídos no se ofusquen si os afirmo que yo no galanteo. Hasta hoy cogí lo que me apeteció. Por eso sigo soltero. Pero el corsario Legay os concede el honor de ser un caballero que aspira a cortejar a la que ha elegido como digna de ser su esposa.

Mireille de Ferjus era inteligente. Su candidez podía estar influida, pero no así su amor propio...

—Vais muy deprisa, Legay.

—Mis cabellos emblanquecieron por lo muy aprisa que viví, maté y escalé la cumbre del poder. No hay barco en el mar que no se aleje si es enemigo cuando divisa al “Bellephor”, y, si es amigo, dispara una salva de saludo, porque Antoine Legay es el corsario que por el mundo extiende la fama de Francia.

Hablaba incisivamente, fijos los ojos en el semblante femenino.

—El corazón de una mujer no es un navío que al abordaje se rinde, caballero Legay-dijo Etienne Laurent, con cierto temblor en la voz.

La mano del corsario se proyectó hacia delante, en leve palmoteo de la rodilla del anciano. Legay tenía su “crisis” de jovialidad...

—Muy bien dicho, Etienne. Pero no hay abordaje. He apuntado mis baterías y la presa sabe a qué atenerse. Legay no se irá del castillo hasta que nuestra linda marquesa le dé el “sí”.

Y rió, acariciándose el rubí del lóbulo.

Mireille de Ferjus acalló la voz íntima que le susurraba malévola

que bien valía trocar la monotonía de una vida enclaustrada por la emoción de pertenecer a aquel aventurero de perfil de halcón.

Ser la esposa de Antoine Legay era envidiable. Muchas grandes damas da la corte se considerarían encumbradas al enlazar con el hombre que, a poco que la suerte siguiera favoreciéndole, sería recompensado con titulo nobiliario…

Pero habló al dictado de su amor propio:

—Vos habéis apuntado las baterías… ¿hacia…?

—La presa. Un símil marinero, mi linda marquesa.

—Por más Legay que seais, reconoceréis mi albedrio, que me confiere la libertad de elegir yo misma marido.

Fué la única ingenuidad sincera del nantés. Abrió los ojos, sorprendido.

—Pero, ¡por mi barco!, ¿hay en toda Francia mejor marido para vos que Antoine Legay?

Y fué tan evidente su propio convencimiento, que Mireille de Ferjus sonrió.

—Suponed, no obstante, que yo os diera un rotundo “no”.

—¡Imposible! Aunque… aunque podría darse el caso que, por femenina complacencia en verme suplicar de rodillas, jugarais a la negativa. No lo intentéis.

—¿Por qué? —rebelóse ella, altivamente.

—Me mataría ante vuestros ojos —mintió él, románticamente. Era frase que en otras ocasiones le había valido conquistar resistencias de damas que por su encumbramiento no podían ser forzadas.

Mireille de Ferjus creyó en la veracidad de la apasionada mentira. Cerró los párpados… Etienne Laurent levantóse.

—Hora sería de almorzar, Mireille.

Aquella llamada diplomática suscitó en Mireille de Ferjus la adecuada réplica.

—Hacedme el honor de compartir nuestro almuerzo, Legay.

—A eso vine-dijo jovialmente el corsario —. Y, después, ¿me haréis los honores del castillo? Dicen que es una joya.

—Data del siglo XIII —intervino Laurent, que se extendió durante el almuerzo en consideraciones históricas.

Antoine Legay supo ser el hombre amable que condesciende en explicar alguna de las andanzas de un jefe corsario.

Terminado el almuerzo, recorrieron los distintos aposentos del castillo. Valoraba y tasaba todo con experto espíritu comercial. Hermosa la dueña, riquísima su propiedad, antiguo el blasón...

Estaba del mejor de los humores, cuando el reloj desgranó los tres cuartos, apuntando la aguja mayor hacia las cuatro.

—Y sólo os queda por ver la sala de los suplicios-dijo Etienne Laurent —. Sabéis que la costumbre feudal exigía que una sala se destinase a administrar la justicia tal como era entendida en aquellas épocas salvajes. Ved estas máquinas horrendas... Aquel potro macabro... Fué deseo tradicional en la familia que permaneciera todo en el mismo estado que en el siglo XIII... Aquellos embudos... Las púas del caballete... Todo habla de épocas cruentas...

Antoine Legay, desde el umbral del sombrío aposento, rió silenciosamente.

—Hermosa sala, plena de reminiscencias históricas —comentó.

Y dirigióse hacia el salón, como si no tuviera interés en la contemplación del profuso instrumental de suplicio.

Al sentarse ella, el corsario disparó una andanada verbal:

—¿De cuándo acá, mi linda marquesa, tenéis por amigo a un pirata fementido?

Ella dilató los ojos, totalmente desconcertada.

—No os comprendo, Legay.

—El entremetido que esta mañana, en las márgenes del Loira, se insolentó, permitiéndose la osadía de intervenir en mi privada conversación con vos. A él me refiero.

—No le conozco. No sé quién es. Un paseante que...

—Mentisteis, entonces, mi linda, marquesa.

—Sí... Excusadme... Pero estaba algo atemorizada. ¿Os ofende?

—Me complace. Siento desprecio por la cortesana ávida de que le conceda mis caricias, y tiemblo de ardor ante la paloma asustadiza... Pero eso es lenguaje rudo, que no entiende vuestra pureza. Deduzco, pues, que fingisteis conocer al entremetido para que os sirviera de excusa. Sabed, pues, que el tal es un pirata español.

—¿Y cómo se atreve a andar por tierras francesas? —inquirió ella, sinceramente escandalizada.

—Le he citado a las cuatro en vuestro jardín.

—¡No vendrá! —exclamó ella, asustada, al pronto. Pero luego sonrió, ignorando que así halagaba la vanidad del corsario.— No se atreverá, estando vos percatado de su identidad.

—Él ignora que sé quién es. Mi primera intención había sido darle muerte a duelo. Pero su castigo pertenece al Rey-mintió —. Me permitiréis que utilice vuestra sala de suplicios como cárcel donde tenerle, hasta que de Angulema vengan los mosqueteros, en cuya busca mandaré a uno de mis corsarios.

—Disponed de cuanto deseéis para poner a buen recaudo a ese bandido pirata.

—¿Cuántos lacayos componen vuestra servidumbre?

—Ocho, más los dos mozos de establos y el mayordomo.

—He visto un armero con mosquetones. No os alarméis. El pirata es un hombre que reconozco valiente. No quiero exponer vidas inútilmente. Vuestros diez lacayos armados de mosquetones, y emboscados en el exterior del castillo, acechando la senda por donde vendrá el pirata, obedecerán mi voz. No tendrán que disparar. Diez mosquetones, más las pistolas de mis tres corsarios, bastarán para que el pirata se entregue.

Púsose en pie Legay, mirando el reloj, que marcaba las cuatro menos siete minutos.

Demostró sus dotes de mando cuando, a las cuatro menos dos minutos, trece hombres, armados de mosquetones, rodeaban en círculo invisible la senda que conducía al castillo.

CAPÍTULO VI

La emboscada

Diego Lucientes no tuvo conciencia de que las horas pasaban. Los brazos y los labios de Rosa Hoyos le sumergieron en paraísos donde la materia se espiritualizaba al impulso de un amor puro.

Fué después la irrupción de una colérica chiquilla, que transformó en babeos de gozo sus lágrimas de rabieta por haber sido olvidada.

El brazo de hierro fué contemplado con pasmo admirativo. La felicidad reinaba en el hogar de Civry.

Y, de pronto, el madrileño pegóse una palmada en la frente, cuya cicatriz enrojeció.

—¡Repámpanos!

—¡Eso digo yo! —chilló Gaby, con serio continente. El señor Lezama se habrá ido, cansado de aguardar... Paseaba por el jardín.

Diego Lucientes salió corriendo... Halló al Pirata Negro tumbado en una mecedora a la sombra de un copudo roble, dormitando...

—¡Ejem!... Perdón, señor. Tú que fuiste el que llevaste la alegría a mi viuda...

—Mi discreción te veda el que entres en detalles de cómo has empleado esas cuatro horas, don Diego. Me horripilaría oírte decir que serviste de asno a las cabalgatas de tu hija y que pusiste ojos de carnero degollado a las palabras dulces de la mejor de las esposas. La comprensiva que perdona porque tuvo la fatalidad de enamorarse de un barbián granuja.

Saltó de la mecedora, y por vez primera hizo un gesto poco habitual. Colocó su brazo encima del hombro del madrileño.

—Esa es la verdad, estudiante. El hogar. No lo abandones ya, porque en el mundo no hallarás perdón ni felicidad si vuelves a

provocar llanto en dos niñas. Que eso son, tanto la avispada lengüecita de tu niña prodigio, como la mansedumbre de tu palmeña.

—Por ellas me perdonarás las cuatro horas de plantón, señor.

—Yo, en tu piel, habría tardado cuatro días en acordarme de un invitado.

—Tú no eres un invitado... Todo cuanto tengo es tuyo, señor. Recuerda que este castillo te fué dado...[1]

—Cambia de tema, estudiante.

—Bien, bien-dijo precipitadamente el madrileño —. ¿Te aburriste mucho en estas cuatro horas?

—¡Oh, no! La vegetación me entretuvo. A propósito: ronda por los alrededores un tipo de hosco semblante, con mosquetón de triple carga y boca de combate. Lleva una banderola. Supongo será tu guardabosque. Es aquél. No lo puedes ver. Acaba de desaparecer tras un seto.

—Tendré que ir a saludarlo. Que sepa quién soy. Mi esposa y la pequeña te aguardan. Están ya instaladas en el comedor. Te han habilitado la habitación que...

—No. Me marcho a las cuatro menos cuarto, porque quiero llegar a Burdeos al amanecer.

—¡Tan pronto, señor! No me harás esta ofensa...

—Algún día volveré, estudiante. Pero no hablemos más de eso. Vete a tu guardabosque y aconséjale que no ande como un alma en pena, porque excita deseos de correr tras él o delante de él, según quien le vea.

Diego Lucientes dirigióse hacia el lugar donde Robert Charles, adusto y fruncidas las copiosas cejas, le vio acercarse.

—¡Hola!... saludó el madrileño —. ¿Pertenecéis al servicio de Civry?

—Soy el guardabosque.

—Entonces, permíteme que te tutee. Yo soy el esposo de la que por un fatal error se consideraba viuda. Puedes ir a comunicar mi llegada al notario Honoré Fripon, el cual ya me conoce, aunque ignoraba entonces quién era yo.

—También yo os conozco, señor.

—¡Cierto! ¡Ahora te recuerdo![2].

—Mi nombre es Robert, y Charles mi apellido, señor.

—Espero que seamos buenos amigos. Acepta mi mano.

Aunque remolón, el misántropo estrechó la diestra ofrecida.

—¿Desea el señor algo más?

—Comunica al notario que, cuando pueda, venga a verme. Hasta la vista, Robert.

En el comedor, Carlos Lezama sonreía oyendo a Gabrielle, que, sentada en una de sus piernas, explicaba muy detalladamente sus progresos en la labor de encajes y su aborrecimiento a los sonidos graves y cantarines a destiempo del clavicordio.

Rosa Hoyos vivía instantes de inefable dicha, en que creíase bajo los efectos de un sueño delicioso del cual iba a despertar tristemente.

Diego Lucientes, que se disponía a subir la escalinata, volvióse al oír el apresurado paso de Robert Charles, que destocóse.

—Considero mi deber, señor, poneros en antecedentes de un suceso que seguramente os habrá ya contado el caballero que os acompaña.

—¿Qué suceso?

—El corsario Antoine Legay, "el Nantés", ha retado a duelo a vuestro amigo. Y otro corsario, un atlético sujeto de rostro siniestro, ronda acechando por los alrededores.

—¡Repámpanos!... Aclara, amigo... Cuéntame lo sucedido.

A medida que Robert Charles iba explicando cuanto presenció, Diego Lucientes, que empezó pellizcándose el labio inferior, terminó crispando el puño derecho.

—¿Conque el corsario me prefiere difunto de verdad? Bien, guarda silencio, Robert. Te agradezco tu oportuno relato.

Tardó unos instantes en dirigirse al comedor. Sonrió pensando en que ahora ya no estaba ofendido al ver la prisa con que el Pirata Negro quería abandonar Civry.

Oyó la voz grave del "hidalgo Lezama" decir:

—Las palabras que tu padre emplea son muy selectas, Gaby. Pero cuando las repiten las niñas, les caen los dientes y no crecen nunca más.

—¿De veras, de veras, o es trampa?

Diego Lucientes, recibido por la amorosa sonrisa de su esposa y el guiño de su hija, tosió con prosopopeya.

—¿Quién te enseñó la palabra "trampa", hijita mía de mis

entretelas?

—¡Tú!... —vociferó ella, apuntando con su índice hacia el que pretendía ser un padre severo.

Encogióse de hombros Lucientes, yendo a sentarse junto a su esposa.

—De ahora en adelante, Gaby, fíjate bien en cómo hablo. Verás que sólo buscaré palabras que puedas repetir sin que se te caigan los dientes.

Fué un almuerzo en el que el Pirata Negro sintió que sus carcajadas carecían de sarcasmo y guturalidad. Reía puerilmente, contagiado por el gracejo de las discusiones entre padre e hija.

Y lamentó que el reloj, al dar las dos campanadas, le anunciara que era ya hora de separarse de aquella reunión.

—Las tres y media, señor Lucientes. Me duele sinceramente, pero en Burdeos me esperan.

—¿No os iréis ya, Carlos? —protestó Rosa.

—Volveré algún día, Rosa. Quiero ver cómo resulta nuestra Gaby cuando vista sus galas de mujer.

—Te acompañaré hasta Angulema, señor. Deseo visitar al notario, y creo que por el camino te convenceré de que el "Aquilón" puede aún aguardar un par de días.

Rosa y Gabrielle no se despidieron, convencidas de que Carlos Lezama regresaría.

En el jardín, Carlos Lezama tendió la diestra.

—Adiós o hasta la vista, señor Lucientes.

—Permíteme que te acompañe un trecho, señor.

—Tu sitio está allí. Y basta de discusiones. Tengo prisa.

—¿Por qué?

—Quizá porque siento envidia de ti, Diego Lucientes.

—Santa envidia, señor.

Montó el Pirata Negro a caballo, y Diego Lucientes hizo lo propio, desatando las riendas del potro atado en el mismo tronco, al exterior del jardín.

—Te dije que no quiero tu compañía.

—Te desobedeceré, señor. Porque tengo derecho y obligación de estar a las cuatro en el jardín del castillo de Corbigny.

El Pirata Negro arqueó las cejas.

—¿Qué se te ha perdido allá? ¿Y para qué me citas una hora, un

jardín y un castillo?

—Yo soy el marido ofendido, señor —rió Lucientes—. Lo sé todo. Hubo quien presenció, aunque oculto, cuanto ocurrió al interceptar tú el paso al corsario Legay.

—¡Tate!… ¿Acaso el alma en pena del guardabosque? Lo cierto es que la cita me fué dada a mí, no a ti.

—El tiene tres testigos. Yo seré el tuyo.

—Me estás hinchando las narices, “Medio Brazo”. Considérate en el “Aquilón”. *¡Ale, hop!* Media vuelta y a tu cobijo.

—No me ofendas, señor. No desprecies mi compañía. No he de intervenir, salvo en el caso de que los tres corsarios deseasen hacerlo.

—Nunca necesité de tu ayuda.

—Yo sí de la tuya, y siempre, señor. No me avergüenza reconocerlo. Y ahora no se trata de ayudarte, porque bien me consta que tú solo darás cuenta de esos perdonavidas. Si picas espuelas, hinco las mías. Si das trote al jamelgo, también el mío trotará. Si lo llevas al paso, al paso te seguirá el mío.

—Vacilo frente dos soluciones, maldito pendenciero. Ir a tu esposa y decirle que pretendes meterte donde no te llaman, o poner pie a tierra y pelear contigo.

—Ambas deplorables, hidalgo Lezama. Y no lo harás, porque no eres de los que mezclan gritos femeninos en charlas de hombres. Y en cuanto a pelear… —y desde la silla abrió Lucientes los dos brazos, guiñando con malicia—, ¿lo dejamos para esta noche a la hora de la cena? ¡Sus y al corsario, que es una mona pretenciosa!

Encogióse de hombros el Pirata Negro, poniendo al paso su caballo.

—Desde el día que te calé, dije para mí: “A este melón hay que rajarlo o dejarlo”. Y te dejé… Cuando colgabas de la soga, debías estar muy modoso y callado. Me perdí el espectáculo, y tengo que apechugar con el charlatán entremetido.

—¿Me permites que me ría, señor? Suave y cariñosamente…, pero, ¡repámpanos!, que ahora no me oye mi hija, ¡aquí no hay más entremetido que tú! Te juegas la piel, porque un corsario buscaba nido ajeno…

—Error, belitre. Antoine Legay es el tipo predilecto de corsario que me va a deleitar. Por cierto, que deberíamos estar sobre aviso.

Hay en los ojos grises del nantés demasiada inteligencia. No se contentará con tenerme al filo de su espada. Querrá tener la seguridad de que puede disponer de mí.

—¿Temes una emboscada?

—Lo intentará. Aunque el castillo de Corbigny no le pertenezca, no creo que sea de los que se paren en consideraciones de esta índole. Hay mucho bosque por estos contornos, don Diego.

—Lo haré talar, si con ello me prometes volver pronto, señor.

—Iría más tranquilo si no vinieras conmigo. Pienso en que, como siempre, tu presencia más ha de estorbarme que ayudarme. Tu espada es magnífica, pero hay a tus espaldas el dulce fardo de una esposa y una hija que te aguardan.

—¡Caramba! ¡Que no es Legay ningún “coco”! Él y tres más, son para ti un vinillo para abrir apetito antes de atacar más serios mostos.

—Quizá por el contraste de los que acabamos de abandonar, se me antoja más de recelar el pelaje del corsario.

El sendero por el que marchaban ensanchábase ahora, y, aunque no enteramente, ya eran visibles los muros del hermoso castillo de estampa feudal, consistente y sólido, distinto a los otros castillos, más preciosistas y modernos en estructura.

Refrenó Lezama su caballo, y a la vez puso pie a tierra. Diego Lucientes le imitó, y los dos caballos siguieron tras sus pasos.

—Puedo jactarme de poseer un sexto sentido, estudiante. Olfateo en la atmósfera un vaho de amenaza oculta. Como cuando allá, en los bosques antillanos, acechaban peligros invisibles... ¡Tate!... No mires a tu alrededor. Sonríe y contempla mi bonito perfil. Hay un cerco de mosquetones a nuestro alrededor. Una decena. Para ti la banda de babor, y para mí la de estribor. Salta a caballo, y buena suerte... Más vale fogonazo hiriente, que muerte cierta si obedecemos a la voz del cerco...



Hay un cerco de mosquetones a nuestro alrededor.

Mientras hablaba, había amenguado el paso, y la testa del caballo rozó su espalda.

Las órdenes de Legay habían sido tajantes y despreciativas. No quería ninguna carga en los mosquetones. Había dicho que un lacayo medroso es el peor de los auxiliares, y que armados de plomo y pólvora, más que ayudar a su propósito, podían hacerlo fracasar, dando muerte al que quería apresar, o matando en ciegos disparos impulsados por el miedo a sus compañeros ocultos entre la enramada.

Bastaba con la presencia de las armas para reducir a la obediencia. Y lo único que tenían que hacer al oír la voz del jefe corsario era levantarse y, sin moverse de donde estaban, apuntar con sus mosquetones.

Maur y Gabin eran los únicos que tenían por misión avanzar, una vez el esperado pirata rindiera las armas.

Diego Lucientes, señalando con la zurda los muros del castillo allá al fondo, comentó en español:

—Babor para mí... ¿Reunión?

—Al lobo que le ponen cepo, lo buscan por todos sitios menos en el cepo. Finge huída, y compóntelas para entrar en el castillo de Corbigny sin ser visto...

—¡¡Rendid las armas!!

La estentórea y vibrante orden de Legay, brotando de la maleza circundante, produjo la simultánea aparición de los lacayos, que se

pusieron en pie, dirigiendo las bocas de sus mosquetones hacia los dos jinetes desmontados.

Maur a un extremo del sendero y Gabin al otro, pistola en mano, hicieron también acto de presencia.

Coincidiendo con la voz del corsario, los dos que aparentemente habían caído en la celada, efectuaron una maniobra veloz e inesperada. Saltaron velozmente sobre sus monturas, y las grupas de ambos caballos chocaron entre sí, antes de que los dos brutos, espoleados ferozmente, partieran en direcciones opuestas.

Dos de los lacayos apostados a la derecha agitaron sus mosquetones, pretendiendo detener al jinete pelirrojo, que, espada en alto, cargaba contra ellos.

El más cercano fué derribado por los trancos delanteros del enfurecido caballo, que, hostigado duramente, lanzóse como una exhalación a través de la arboleda.

El Pirata Negro, formando un solo cuerpo con la montura, empleaba la feroz táctica antillana. Con el rostro adherido a la quijada del bruto, mordía sañudamente el belfo. Y herido en su parte más sensible, el potro braceó vertiginosamente, antes de lanzarse como una saeta.

El corsario Gabin disparó, y cuando aun humeaba su pistola, se echó hacia delante con el machete desenvainado, emprendiendo veloz carrera en sentido diagonal. Corría encorvado, y su intención era evidente para el, que, blandiendo la espada, trazaba un molinete destinado a detener las manos que pudieran dirigirse hacia las riendas de su montura.

Gabin, temeroso de las represalias de Legay si se frustraba la emboscada, había intentado desjarretar el caballo con su machete.

Todo sucedió con una rapidez de relámpago. Tres lacayos derribados y los otros encogiéndose de nuevo, quedaron a retaguardia de los jinetes que en direcciones opuestas galopaban desenfrenadamente.

Antoine Legay demostró la celeridad de sus piernas al emprender rápida carrera hacia las caballerizas del castillo, de donde salió a poco azotando reciamente los flancos de su caballo.

Lo lanzaba en pos del lejano jinete que había tomado la senda conducente al río y en dirección a la ciudad de Angulema.

Tras él, y poco después, partieron también montados Maur y

Gabin…

Fué una extraña persecución. Muchas veces, la tupida arboleda y la vegetación ocultaban al perseguido.

Cuando ya parecía que definitivamente su empequeñecida silueta iba a desaparecer al otro lado del río, los tres corsarios veíanla de nuevo aparecer a retaguardia.

Los últimos resplandores del sol enrojecían ya la vegetación, anunciando el próximo crepúsculo.

Por unos minutos la carretera devolvió en ecos sonoros el golpear de los cascos de los cuatro caballos, tres de los cuales galopaban en pos del que, a una legua de distancia, torció otra vez el rumbo y, dando media vuelta, saltó al río, donde los remos delanteros del jadeante bruto levantaron penachos de agua.

Poco después alcanzaba de nuevo el bosque. Ya la persecución hacíase difícil, porque la obscuridad envolvía las umbrías y laberínticas sendas, convirtiéndolas en propicios lugares para cualquier emboscada.

CAPITULO VII

El inesperado prisionero

Diego Lucientes galopó en zigzagueos continuos por espacio de un cuarto de hora. Refrenó su montura al comprobar que, alejado del castillo de Corbigny por su extremo sur, nadie le perseguía.

Permaneció inmóvil en un paraje alto, desde donde podía divisar todo cuanto le rodeaba. Un absoluto silencio le envolvía, y, cuando el crepúsculo se acentuó, obligó a su caballo, ya reposado, a descender hasta internarse en la espesura.

El Pirata Negro había citado como punto de reunión el castillo de Corbigny, y hacia allá se dirigía. Desde su anterior observatorio Lucientes había apercibido los cuatro puntos minúsculos, a ratos agrandados, de tres jinetes persiguiendo a otro, que si por instantes parecía querer tomar la dirección de Angulema, demostraba luego desistir de tal propósito, emprendiendo otro camino.

Distaba media legua escasamente del castillo de sólida factura medieval, cuando el madrileño puso pie a tierra, y, atando las riendas de su montura en medio de un espeso matorral, la abandonó allí.

Anduvo precavido, tratando de penetrar la silenciosa obscuridad. Comprendía muy bien que el Pirata Negro, al igual que él, había visto las libreas de los lacayos cuando fueron atacados.

Había, pues, en la emboscada, la tácita complicidad, o la forzosa ayuda, de la marquesa de Corbigny. De lo que deducía que el propósito de Carlos Lezama era entrar en el castillo cuando las tinieblas lo permitieran con el máximo de seguridad.

Legay y sus dos corsarios debían ser eliminados. Pensó en que el Pirata Negro le había citado cuatro. Por lo tanto, uno de ellos, que no se había lanzado en persecución alguna, debía rondar los

contornos.

Las almenas posteriores del castillo erguíanse sombrías y amenazadoras en la obscuridad. Atravesó rápidamente el jardín, y tendióse cuan largo era tras un parterre donde crecían abundosos rosales.

Dos lacayos juntos montaban una guardia vigilante, blandiendo sus mosquetones. Obedecían ahora las alarmadas órdenes de Mireille de Ferjus, que, al terminar el mayordomo de explicar cuanto ocurrió antes de la huida del pirata español y del caballero pelirrojo, aceptó muy de buen grado el consejo de Etienne Laurent: montar alrededor del castillo una guardia permanente, hasta que regresaran Legay y sus hombres, anunciando la captura del pirata.

Y esta vez los lacayos aceptaron con gran entusiasmo rellenar los espacios de los mosquetones destinados a la carga de plomo y pólvora. Los dos que guardaban el espacio posterior del jardín andaban uno junto al otro, girando las cabezas en todas direcciones.

Se detuvieron ante el parterre donde las rosas exhalaban intenso aroma, desprendiéndose del calor recibido durante el día, y acariciadas ahora por la brisa vespertina.

Uno de ellos apoyó las dos manos encima del cañón, dejando reposar la culata en el suelo, entre sus piernas abiertas. El otro oteó los contornos con sus pupilas y el negro ojo del mosquetón.

—¿Crees que el Pirata Negro tendrá el atrevimiento de venir por aquí —susurró uno de ellos.

—No. Ni por pienso. Bien que buscará huir cuanto más lejos mejor. Que Legay, el nantés, no ha de cejar hasta apresarlo. Y es mucho enemigo el corsario de los cabellos blancos.

La silenciosa acometida de Diego Lucientes fué traicionera. La culata de su pistola abatióse sordamente contra el cráneo del que giraba su torso escudriñando las sombras, por si éstas revelaban una presencia temida.

A la vez, su zurda de hierro chocó duramente contra el cuello del que adoptaba la posición del centinela en reposo.

Y al salto con que había impulsado Lucientes su doble golpe, bien meditado en todos sus movimientos, siguió el dejar caer su pistola y tender las dos manos; la caída de los cuerpos produciría un ruido sordo, opaco, pero no sería así por lo que concernía a las pesadas armas, que supo coger diestramente, evitando el ruido que

podían causar y la consiguiente alarma de los demás vigilantes.

Mientras arrastraba los dos cuerpos exánimes hacia el césped posterior al parterre, Diego Lucientes sonreía. Llevando un tobillo en cada mano, tiraba de los dos cuerpos.

Dos estorbos menos. Y tenía el ambicioso propósito de que el "cepo del lobo" tuviera el menor número posible de dientes.

Un cuarto de hora después, contemplaba satisfecho su labor. En realidad parecían dos centinelas al acecho los dos hombres que, distanciados por el margen entre dos árboles, manteníanse en pie, con el mosquetón alzado y ante el pecho.

Tendría que acercarse mucho el observador que les contemplase desde regular distancia, para poder adivinar que lo que parecía ropa levantada protegiendo el cuello y la boca contra la frescura de la noche, era mordaza hábilmente enrollada.

Y que los propios cintos y desgarrones de las camisas servían de ligaduras para mantener en pie a los que sostenían dos mosquetones, privados de plomo y pólvora.

* * *

Antoine Legay descabalgó, y lo hizo quedando entre su caballo y el de Maur, que estaba a su derecha. A su izquierda, Gabin fué a detenerse, también sentado en la silla como el otro corsario.

No se percibía el menor ruido en la vegetación circundante. Sólo, a lo lejos, el manso deslizar del Loira.

—¡Atención! —habló Legay en voz baja—. Poned pie a tierra y resguardaos con los caballos... El pirata puede ahora darnos a nosotros la celada que le tendimos. Queda claro que no huía, sino que trataba de lograr lo que ha conseguido. Favorecerse con la noche y esta maldita floresta.

Quedaron los tres corsarios parapetados entre sus monturas. Estaban en un espacio claro, y distaban los árboles. Pero los muros del castillo de Corbigny estaban aún lejos, y para llegar a ellos había que atravesar mucha vegetación.

Tanto Maur como Gabin tenían en sus diestras el cuchillo de ancha hoja, cogido por la punta, dispuestos a lanzarlos rápidamente contra cualquier sombra que denotara estar dotada de movimiento...

—Avanzando así, no corremos peligro-dijo Legay, amortiguando las vibraciones de su voz —. Sobre la silla, ofreceríamos mucho

blanco. Y el pirata tiene plomo y daga, que, lanzándolos desde la obscuridad, podrían reducir a uno nuestro grupo. Vigilad los árboles bajo los que hayáis de pasar. Abrid un poco más las distancias...

Cubrióse Legay la espalda, avanzando al frente de su caballo de cuyas riendas tiraba. A ambos lados, Maur y Gabin, andando junto a los suyos, formaban otro parapeto.

Lentamente iban avanzando. Maur vigilaba a su derecha. Gabin, a la izquierda. Miraban hacia atrás repentinamente cada vez que algún susurro les inquietaba.

El pálido rostro de Legay destacábase en la obscuridad, más arcilloso que nunca. No era miedo en aquel avance entre tinieblas, sino un calmoso furor contra el que había burlado el cerco destinado a apresarle.

Y que, por añadidura, había sabido maniobrar hasta convertirse de acosado en posible agresor, favorecido por las sombras.

Agachóse el jefe corsario, pistola en mano, cuando oyó el peculiar silbido del cuchillo-machete de Maur arrojado violentamente contra una sombra.

Vibró la ancha hoja, quedando incrustada en el frágil tronco de un pequeño arbusto que, mecido por la brisa, habíase ladeado, fingiendo por unos instantes una presencia humana.

Enderezóse levemente el jefe corsario, y sus penetrantes ojos, tras escudriñar, se entrecerraron aún más.

—A buscarlo, Maur. No quiero cobardones que confunden maderos con carne humana. Ve a por tu cuchillo..., y si el pirata te tumba, al menos te quedará la satisfacción de saber que, matándote a ti, nos ha revelado su maldita proximidad.

Maur obedeció, siguiendo la imperativa orden de la pistola del nantés. Regresó poco después, tras arrancar del tronco su cuchillo.

Reanudaron la cautelosa incursión, y, cuando fueron visibles los hierros abiertos de la verja del jardín de Corbigny, el propio Legay exhaló la respiración contenida durante mucho tiempo... en anormal resuello del cazador de presa mayor, que se siente acechado por la pieza que desea fervientemente abatir.

—“Bellephor”...

La primera sílaba de la palabra pronunciada cerca de los tres corsarios les hizo dirigir sus diestras hacia el lugar de donde partió el susurro. Las otras dos sílabas detuvieron el índice que empezaba

a presionar el gatillo, y motivaron el retroceso de los dos antebrazos que se disponían a lanzar los cuchillos que empuñaban las manos algo sudorosas.

—¡Hola, Tallejac! —saludó Legay, identificando ya al coloso después de haber oído la palabra de contraseña de todos los momentos peligrosos—. ¿Novedades?

—Desde que partisteis a la zaga del pirata, capitán, aquí me mantuve en espera. Os aseguro que no he visto a ninguno de los dos perseguidos merodear por este sitio.

Desde donde estaban agrupados y resguardándose tras los caballos, los tres recién llegados divisaban la claridad que, procedente del interior del castillo en su planta baja, se desparramaba por la amplia escalinata.

—Quédate donde estás, Tallejac. Tú, Maur, a la derecha de la escalinata. Tú, Gabin, a retaguardia, en el jardín. Ocultaos en la obscuridad, por si el pirata tuviera la desfachatez de pretender entrar en Corbigny.

—Hay lacayos rondando en vigilancia con mosquetones cargados, capitán-explicó Tallejac —. Están apostados estratégicamente.

—¡Malditos importunos!... Capaces son de descerrajarnos a boca de jarro una descarga. Por tu talla y vestimenta te reconocerán, Tallejac. Avanza brazos en alto. Da la voz de rigor.

Lope Holgado-Tallejac, en alto los dos brazos, avanzó, gritando:

—¡Corsario de Legay, “el Nantés”! Sus dos compañeros quedaron a retaguardia, esperando oír de un momento a otro un disparo procedente de la pistola del pirata, o la caída del atlético cuerpo de Tallejac mortalmente herido por puñal lanzado...

Pero nada de eso sucedió. A la voz de Tallejac, otra replicó desde la escalinata:

—¡Alerta estamos!

Provenía de un lacayo resguardado en la penumbra, al pie de la escalinata. Tallejac retrocedió y Maur y Gabin avanzaron ahora a ocupar los puestos que les había señalado su jefe.

Antoine Legay quedóse donde estaba, apoyando el brazo izquierdo encima de la silla de su caballo.

—Vigila la entrada, Tallejac.

Y el nantés, montando inesperadamente, alejóse a todo galope,

inclinado sobre el cuello. Seguía un camino opuesto al castillo de Corbigny y de Angulema.

Su caballo quedó prontamente oculto por la maleza.

La fértil mente del nantés, acostumbrado a toda clase de combates, había imaginado una rápida y eficaz maniobra para contrarrestar los posibles ataques del pirata, que ahora se valía de la noche para acechar.

Y aunque hubiera aguardado la caída de las tinieblas para huir, como podía presumirse, ya que no había agredido a los tres que atravesaron dificultosamente el boscaje en dirección a Corbigny, no por eso dejaría Legay de poner en práctica sus intenciones, porque nunca abandonaba la consecución de los propósitos que formaba.

En el castillo de Civry había una mujer que podía significar mucho para el Pirata Negro...

Eso iba meditando Legay mientras se dirigía hacia el castillo, cuya entrada le había sido interceptada aquella misma mañana por el pirata.

Hacía ya mucho tiempo que Legay había adquirido una experiencia. Era mucho más certera la herida ocasionada en familiares o seres queridos, que la asestada al propio enemigo.

Ató su caballo y penetró en el jardín de Civry, andando con mesurados y cautelosos pasos, dispuesto a repeler cualquier agresión...

* * *

Cuando las sombras invadieron los parajes por donde había estado galopando incesantemente, el Pirata Negro obligó a tumbarse a su caballo, que agradeció tal decisión, y dócilmente aplicó sus flancos temblorosos contra el césped. También su cabeza reposó, sangrantes aun los belfos, pero ya desaparecido el dolor.

Sentóse el Pirata Negro encima de sus cuartos traseros, y poco después aprisionaba con su diestra el morro, sin brutalidad. Sabía que el animal obedecería la leve presión y no relincharía, so pena de un castigo que con su inteligente instinto sabría evitar.

A través de la maleza distinguió las tres siluetas de los caballos marchando a paso lento y protegiendo a sus jinetes, que a pie avanzaban con recelo.

Lezama se fué tras ellos, abandonando el caballo que reventado de cansancio, y al no oír que se le llamase, quedó tendido.

Desvióse el Pirata Negro cuando comprobó que los tres corsarios dirigíanse al castillo de Corbigny. Y cuando estuvo lo suficientemente alejado para no ser descubierto, emprendió rauda carrera hacia el mismo destino.

Detúvose en el bosque de detrás del castillo, se tendió en el suelo y avanzó sirviéndose de codos y rodillas, hasta que, ya en el jardín, se detuvo junto a los dos árboles que sostenían los cuerpos de dos lacayos.

Enderezóse y desde detrás del tronco palpó las ligaduras... Sonrió repentinamente.

Había citado a Diego Lucientes como punto de reunión el castillo de Corbigny, y, por las muestras, el madrileño había empezado a desbozar el camino de posibles enemigos forzosos, contra los que el mejor remedio era inutilizarlos momentáneamente, sin haber de darles muerte. Era obvio que obedecían órdenes, pero sin personal empeño...

Corrió rápidamente a adherirse a los muros posteriores. En la diestra su pistola asida por el cañón y en la zurda la daga, fué contorneando la edificación.

Otro lacayo, también en idéntica inutilidad, pero en aparente vigilancia, recostábase contra la alta balaustrada de la terraza frontal.

Encaramóse a ella el Pirata Negro, y siguió en su avance hacia el cuadrilátero de luz que formaba en la escalinata la gran puerta del vestíbulo, profusamente iluminado.

Se agazapó al ver una silueta que por el suelo reptaba, al otro extremo de la gran terraza.

Le causó hilaridad ver la estratagema con que Diego Lucientes, abandonando la terraza y siempre a favor de la obscuridad, desaparecía repentinamente.

La silla de manos de Legay, inmóvil cerca de la escalinata, tenía ahora un ocupante.

Descendió de nuevo Lezama, y supo evitar el marco de luz, hasta llegar junto a la silla de manos.

—Buena labor, estudiante —musitó, cubierto a toda mirada en el espacio que quedaba libre entre la silla de manos y la terraza.

Sentado en el suelo de la cómoda silla de manos, el madrileño, por la abierta puerta, mostró un rostro gesticulante en la penumbra

difusa que la luz creaba en el jardín.

—Los diez, señor... Fué labor que da lustre a tus enseñanzas...

—¡Chitón! —susurró el Pirata Negro.

Una silueta de elevada talla, más acentuada aún por los dos brazos en alto, acababa de aparecer en la entrada, atravesando la abierta verja.

—¡Corsario de Legay, “el Nantés”! —gritó el hercúleo sujeto.

El Pirata Negro, rápidamente, trepó hasta colocarse tras el lacayo amordazado y sujeto contra la pilastra de remate del final de la escalinata.

—¡Alerta estamos!... —gritó, modificando su voz y convirtiéndola en aguda.

Diego Lucientes, acurrucado en el interior de la silla, rió silenciosa y alegremente.

Pasaron unos instantes, y dos corsarios avanzaron por el jardín. Un caballo emprendió veloz galope, alejándose de allí...

Maur fué a colocarse al frente de la silla de manos, volviendo desdeñosamente la espalda al lacayo, mientras Gabin colocábase al otro lado de la escalinata.

Pero, de pronto, dió Maur una vuelta rápida. La inmovilidad del lacayo... El que ni siquiera hubiera...

Cesó de pensar en la relampagueante y certera sospecha, porque el golpe que le conmovió tuvo la contundencia que hubiese logrado el desprendimiento de la propia estatua que guarnecía la balaustrada.

El culatazo del Pirata Negro, quebrándole el cuello, tuvo por réplica un silbido metálico que cruzó los aires...

El machete de Gabin pasó rozando los cabellos del Pirata Negro, que, agachado y daga en mano, proyectóse hacia delante.

Y su cabeza chocó ferozmente contra el estómago del que, seguro de haber dado en blanco, tardó un segundo en desenfundar su pistola.

Rodaron ambos por el suelo, y ahora los cabezazos del Pirata Negro dieron doble sacudida contra la frente del corsario, que quedó extendido, boca arriba y brazos en cruz.

En el exterior del jardín, Tallejac fué retrocediendo lentamente. Desató las riendas del caballo montado hasta entonces por Maur, y lo llevó a pie hasta media legua del castillo.

Lo montó entonces, y a todo galope siguió el camino que poco antes había emprendido Antoine Legay.

Diego Lucientes salió de la silla de manos...

—Aguardaban al pirata, señor, y lo han encontrado.

El Pirata Negro acabó de dar la vuelta final a la faja que antes rodeaba los talles de los dos corsarios, y ahora estrechábales los brazos tras el torso. Violentamente introdujo un extremo de la faja en la boca de cada corsario, asegurándolo a guisa de mordaza.

—Aguardaban a un desconocido forastero, dirás, don Diego.

—¡Oh, no!... Todos saben que eres el Pirata Negro. Lo oí decir a uno de los lacayos.

—¿Si?

—Y tu fama cunde. ¿No oíste los galopes? El jefe y su segundo huyen seguramente en busca de refuerzos.

Lo que siguió fué tan inesperado, que Diego Lucientes parpadeó en el colmo del asombro.

El cañón de la pistola que el Pirata Negro acababa de recoger, apoyábase ahora en su estómago. Y la voz sarcástica de su amigo le anunciaba:

—Hasta este instante vos no sabíais que yo era el Pirata Negro, señor Lucientes. Sois mi prisionero...

—Pero, ¡señor!... ¿Qué inútil treta es ésta?

—Tú debes vivir pacíficamente en Civry. Si se supiera que conocías mi identidad, ni tu esposa ni tu hija disfrutarían por mucho tiempo de tu persona. Chitón y déjame el timón, estudiante. Te agradezco el haberme entregado las llaves del castillo de Corbigny, pero ahora eres mi prisionero. Forcejea pensando en los ojos que nos miran.

Le empujaba hacia el interior de la silla de manos...

—¡Me vieron! ¡Saben que yo fuí quien les vapuleó! Todos los lacayos dirán que...

—Dirán que tú defendiste al que no sabías era un pirata, que te engañó con propósitos de limpiar tus cofres... Entrad en la silla de manos, don Diego... Y tolerad que vuestro cinto y vuestra hermosa camisa me sirvan para manteneros inmóvil en su interior. Quedan Legay y su segundo, y me basto para aguardarlos. Te confieso que tumbaré al coloso sin previo aviso, y, ya a solas con el nantés, rubricaré con un agujero en su pecho el final del combate que

inició.

CAPÍTULO VIII

El “triunfo” de Antoine Legay

Cuando el nantés pisaba ya los últimos escalones de entrada al vestíbulo de Civry, dos siluetas femeninas se dibujaron en el umbral.

Rosa Hoyos, asiendo la mano de Gabrielle, miró sorprendida al desconocido de blancos cabellos y rostro demacrado.

El corsario contempló la delicada figura de la hermosa palmeña... Tenía razón Tallejac. También era digna de ser elegida por Antoine Legay la que ahora, dulcemente, saludó:

—Buenas noches, caballero. ¿Sois enviado del notario Fripon, de Angulema?

—Buenas noches, mi linda señora. ¿Vuestro marido...?

—Le aguardamos. Partió en compañía de un amigo-dijo ella. Ante la familiaridad con que le había hablado el desconocido, la sonrisa se borró de su rostro.

—Permitidme, pues, aguardarle en vuestra compañía, mi linda señora.

—¿Quién sois? Excusadme la pregunta, pero la servidumbre está en Angulema...

—No obstante, tengo especial interés en aguardar la llegada de vuestro marido y su amigo.

—Os rogaré declinéis vuestro nombre.

Gabrielle, asida ahora a la falda de Rosa Hoyos, examinaba suspicazmente al elegante sujeto de exótica apariencia.

—Soy Legay, “el Nantés”. Precededme y mostradme el camino de vuestros salones. Sin rechistar, mi linda señora.

Empalideció Rosa Hoyos, que, inclinándose, levantó en vilo a Gabrielle, manteniéndola abrazada.

Había salido al oír el galope, creyendo encontrarse ante su esposo. Ahora percibía instintivamente un mortal peligro cernirse sobre su reciente felicidad.

Antoine Legay no hizo más que un gesto. Extender la mano hacia el interior. Pero sus ojos, y la diestra apoyada en la culata que ahora sobresalía de su faja, mostrándose por la abierta casaca, hizo obedecer a la angustiada palmeña.

Instantes después, el corsario quedó en el umbral del salón, donde Rosa Hoyos, sintiendo flaquear sus piernas, sentóse, siempre abrazada a la niña.

—No pienso haceros ningún daño por ahora, mi linda señora-fué diciendo incisivamente el corsario, ladeado y miranda el amplio corredor desierto —. Me ronda el peligro, y debo tomar mis precauciones... En las partidas de naipes sangrientos, gana siempre el que sabe guardar los buenos "triunfos"... Vos lo sois, y también esta mocosuela. Supongo que el español que posee la amistad de vuestro esposo os tiene mucho aprecio. ¿Cariño de amistad afectuosa, o pasión de salvaje ante la delicada flor? No protestéis... Callad, que sólo yo tengo voz en esta partida que quiero ganar.

Volvióse con la pistola apuntando hacia el corredor. Dilatados los ojos, miró Rosa Hoyos, dispuesta a abalanzarse..., pero el recién llegado era un corpulento desconocido, de sombrío rostro enjuto.

—Hola, Tallejac. ¿Qué haces aquí, mi bueno y querido segundo? ¿No te ordené permanecer vigilante a la entrada de Corbigny?

—Maur, Gabin y los lacayos están inutilizados, capitán. El pirata y el pelirrojo lo han conseguido, y ahora ambos te aguardan emboscados, junto a la escalinata. No intervine, porque sé que es tu deseo dilucidar a solas tu personal querella con el español.

—Tienes razón-y el corsario rió agudamente, mirando a las dos aterrorizadas prisioneras —. Hazte cargo de ellas, Tallejac. La niña, en tu brazo izquierdo; la madre, al alcance de tu diestra. Con ellas como "triunfo", el pirata abatirá sus cartas a mi favor... o las matará si pretende matarme. ¡Obedece!

Chilló Gabrielle al sentirse rodeada por el brazo izquierdo de Tallejac, que la enlazó hábilmente, manteniendo contra su pecho los dos bracitos que intentaban agitarse para arañarle...

La mano zurda de Lope Holgado-Tallejac asió por el hombro a Rosa Hoyos... Tuvo que levantarla en vilo, porque la palmeña,

cediendo al debilitamiento de su organismo, acababa de desvanecerse.

—Vamos, Tallejac. Tú, delante. Te relevaré de una de las dos cargas, cuando divisemos la entrada a Corbigny. La linda viuda. Contra mí no dispararán, porque sería disparar contra ella. No creo en piratas románticos y caballerescos, pero por si fuera cierta la fama del Pirata Negro, ella es mi mejor “triunfo”. Y sí la leyenda miente, al menos tendrá la utilidad de servirme de defensa.

Sosteniendo contra sus flancos las dos cargas humanas, Tallejac avanzó en pos del jefe corsario, abandonando el castillo de Civry.



Diego Lucientes comprendió que el razonamiento del Pirata Negro tenía por finalidad evitar consecuencias desagradables a las dos inocentes que hasta entonces habían vivido pacíficamente en Civry.

No obstante, agradeció la peculiar forma en que le ató el Pirata Negro, empleando la corrediza enlazada que, simulando ser mordaza, dejaba entre sus dientes el extremo que podía destrabar sus brazos atados, cuando tirase de él.

—Ahí te quedas y para nada intervengas, don Diego. Cuando Legay y su segundo dejen de constituir un peligro para tu esposa, entonces forcejea, libérate, dispara y persígueme... Volverás a tu castillo, habiendo hecho todo lo posible por capturar al que no sabías era el Pirata Negro.

Carlos Lezama separóse de la silla de manos y dirigióse a la escalinata. Subió por ella y, apoyados los puños en las caderas, fue avanzando mirando en derredor.

Oyó el tenue rumor de dos voces, y, poco después, de un salón provinieron claras y distintas las palabras pronunciadas por una voz femenina:

—...no debemos, Etienne. Porque salir supone el peligro de vernos en medio de la escaramuza que a no dudar podría suscitarse si los lacayos vieran al pirata español. Por lo tanto, dominad vuestra impaciencia, que tarde o temprano Legay dará caza al pirata.

La breve carcajada que restalló en el umbral hizo que Laurent y Mireille de Ferjus pusiéranse en pie.

El Pirata Negro saludó ceremoniosamente.

—Sensata decisión, mi señora marquesa. No salgáis, así como

tampoco vuestro impaciente acompañante…

—¡¡Auxilio!! —gritó Etienne Laurent, adelantándose y cubriendo con su cuerpo el de Mireille.

—Tengo a mucho orgullo anunciar que vuestros lacayos no pueden prestaros auxilio, que, por otra parte, no necesitáis. No pierdo el tiempo matando ancianos, ni atacando a damas contra las que nada tengo y que me son por entero indiferentes. Vine tan sólo a aconsejar lo que he oído que os aconsejaban, señora. Tanto vos como vuestro acompañante, no os mováis de la seguridad que os ofrece este salón. Indudablemente se aproxima una escaramuza, y necesito la piel de Legay-y acentuó el Pirata Negro la rudeza de su tono al añadir —: De nada me servirían la vuestra, ya momificada, ni la vuestra, por más satinada que sea. Quedad donde estáis y no os mezcléis en asuntos propios de corsarios y piratas. Es plebe que no entiende de contemplaciones a vejeces y feminidades.

Dió media vuelta y oyéronse sus pasos alejarse. Poco después, el Pirata Negro, tras inspeccionar los alrededores, atravesó el jardín y salió al exterior.

Había puesto nueva carga a su pistola, y con ella en la zurda, apostóse en forma que le era visible tanto el iluminado espacio de la escalinata como el sendero que conducía a la verja de entrada.

Su propósito estaba bien definido. La hidra corsaria no sería ya ningún peligro para Rosa Hoyos, cuando la cabeza cayera. Y pensando que la ausencia de Legay y su lugarteniente debíase al hecho de haber partido es busca de refuerzos, subió ágilmente por el tronco de un árbol, alrededor del que se ataban las riendas del caballo abandonado por uno de los corsarios que ahora yacía junto a la escalinata con el cuello destrozado.

Tenía tomada su decisión. El balazo para el lugarteniente, y la daga para Legay, en cuya misma montura emprendería la huida, alejándose del castillo de Corbigny y dejando así libre de todo peligro a la castellana de Civry.

¡¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!!



TITULOS PUBLICADOS

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El Leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.
32 — Sucedió en Sevilla.
33 — La tizona toledana.
34 — Máscara de flores.
35 — Angus el tenebroso.
36 — La furia española.
37.— Dos españoles en París.
38.— Intriga macabra.
39.— La mujer vampiro.
40.— El castillo de Civry.



UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO

El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.



TITULOS PUBLICADOS

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.



Con sus superhumanas proezas, será muy pronto el héroe de todos preferido.

TITULOS PUBLICADOS

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.
3 — La tumba del Gran Duque.
4 — El garito siniestro.
5 — El fantasma del castillo
6 — El traidor Kovarski.
7 — Progrom sangriento.
8 — Los piratas del Mar Caspio.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... son las características de estas tres obras excepcionales en su género, que presenta

EDITORIAL BRUGUERA

Un volumen quincenal, sólo cuesta TRES PESETAS

Notas

1 Véase “Rebelión en Martinica”. < <

[2] Véase “Dos españoles en París”. <<